

calibrite

colorchecker CLASSIC



WW-22

Trabajo del Laboratorio
de Historia Natural, n.º 7

Anales del Instituto General y Técnico de Valencia

La Arqueología Centro-Andina Precolombiana y sus restos en la Colección J. Rodrigo Botet de Valencia

POR EL

Prof. Antimo Boscá Seytre

153 ICONOGRAFÍAS DEL AUTOR

Imp. HUICI, Gandía, 3, Valencia

WW-22

Trabajo del Laboratorio
de Historia Natural, n.º 7

Anales del Instituto General y Técnico de Valencia

La Arqueología Centro-
Andina Precolombiana y sus
restos en la Colección J. Ro-
drigo Botet de Valencia

POR EL

Prof. Antimo Boscá Seytre

153 ICONOGRAFÍAS DEL AUTOR

Imp. HUICI, Gandía, 3, Valencia

Obras del mismo autor

Memoria mineralógico-minera de la provincia de Teruel. (Agotada).

Fauna Valenciana.—Obra ilustrada con 148 fotografías originales. (Agotada).

Lista y resumen de las conferencias ex-cátedra. (Agotada).

Los Museos de Buenos Aires y de la Plata, etc. (Junta para la ampliación de estudios).

Apuntes de Cátedra de Fisiología e Higiene. (En publicación).

La Arqueología Centro-Andina Precolombiana y sus restos en la Colección J. Rodrigo Botet de Valencia

La Asociación de Escritores de la Provincia
de Buenos Aires, en el mes de
enero de 1914, organizó una
conferencia en el Hotel de Valencia

WW-22

920.26 (7+8)
BOS

Trabajo del Laboratorio
de Historia Natural, n.º 7

Anales del Instituto General y Técnico de Valencia

La Arqueología Centro-
Andina Precolombiana y sus
restos en la Colección J. Ro-
drigo Botet de Valencia

POR EL

Prof. Antimo Boscá Seytre

Socio Corresponsal de la Unión Ibero-Americana, Ex-auxiliar numerario de la Universidad de Valencia, Ex-pensionado en el Laboratorio marino de Santander y en el extranjero, Catedrático de Historia Natural con F. e H. del Instituto General y Técnico de Valencia, etc.

153 ICONOGRAFÍAS DEL AUTOR

Imp. HUICI, Gandía, 3, Valencia

Impresso da [illegible]
[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

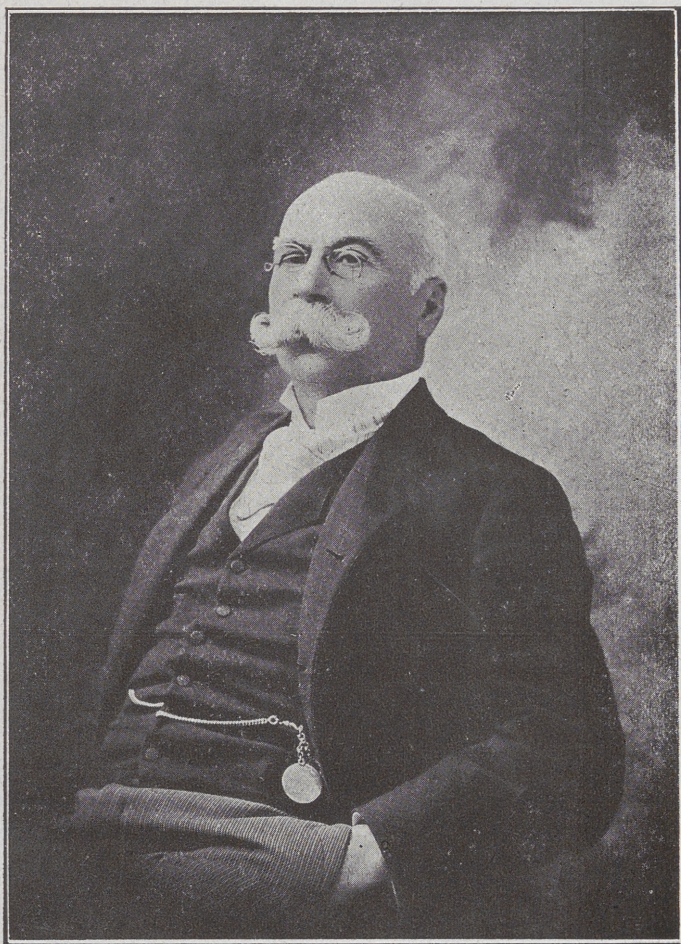
Al volver a España por segunda vez, después de haber realizado ya mis trabajos como pensionado por la **Junta para la Ampliación de Estudios** en los Museos de París, Londres, etcétera y más en particular en los de La Argentina, y convenientemente informado de visu de aquellos asuntos que más se pudieran relacionar con lo que contiene la magnífica **Colección Paleontológica Rodrigo Botet** depositada en nuestro Almudín, cábeme gozoso el publicar hoy las adjuntas notas de estudio comparativo sobre dichos asuntos, cual se merecen, gracias a contar por mi mayor suerte, con el tiempo necesario para ello, ya que mi estancia en la ciudad del Turia es cosa definitiva.

Con ello aspiro cumplidamente a dar un motivo más para avivar las aficiones a las cosas americanistas, de sí tan poco conocidas en general, cuando tan interesantes son, máxime para el visitante de nuestra gran **Colección** y para el que desee tener alguna noticia sobre las grandiosas civilizaciones **Centroandinas precolombianas**.

Como ya lo indica el título, la sección especial de este estudio que hoy verá la luz pública hará referencia tan solo a la **Arqueología** de los aludidos lugares, sin abordar lo que comprenda a los curiosos cráneos deformados, ni a la momia que tenemos, objetos todos procedentes de los mismos yacimientos, de las antiquísimas **chulpas de Tiaguanaco** (Bolivia), pues espero darlos a conocer sucesivamente y con las observaciones convenientes al caso, en otra publicación correlativa titulada **Etnografía prehistórica americana**.

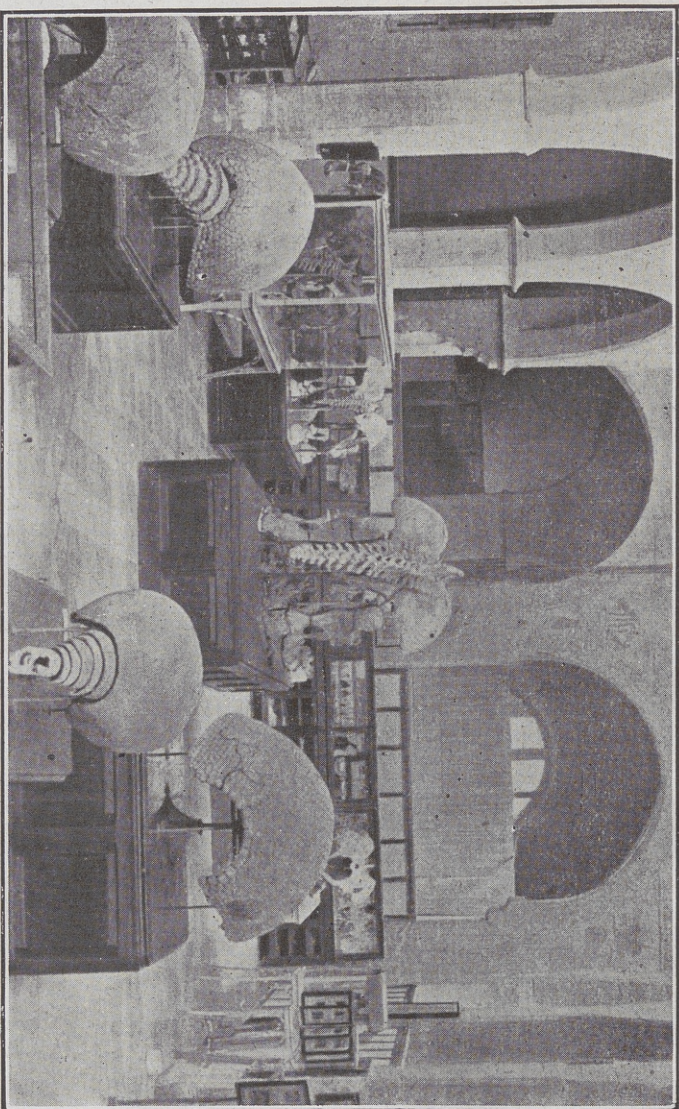
Réstame tan sólo el incluir entre estos párrafos, mis más devotas gracias a cuantos se han dignado honrarme con sus bondades, prestándome todo género de facilidades, allá en los grandes Museos europeos citados y en los no menos magníficos americanos y aquí, a los Sres. Ponentes de la Junta para las

Pensiones, así como también en casa, a los Compañeros de Claustro, por los auxilios dados para la publicación y al personal de los Centros que se citan (Universidad, Colegio de los PP. Franciscanos de Onteniente, Museo Paleontológico, etc.) sin olvidar mi reconocimiento al compañero constante de excursiones y de trabajo, mi Sr. Padre, Director del espléndido obsequio científico que motiva este modesto folleto.



D. José Rodrigo Botet († 13-VII-13)

(Donador de la Colección Paleontológica)



Vista parcial de la *Colección Paleontológica J. Rodrigo Botet*, en el Almudín de Valencia

Las nombres de los nombrados, exploradores y sabios viajeros
Drs. Rómulo de P. Wones, Max Lutz, Oreste Lutz, Los Lutz,
Gino Debenetti, De Cates, Güter, Adán, Hans, de Lillien y
exped. Lehmann-Nitsche, Ambrasci y otros, en particular estos últi-
mos figuran al pie de las respectivas publicaciones argentinas, verda-

los monumentos de la Arqueología.

Por mi parte he aquí mi modesto trabajo sobre este asunto espe-
cial, también lo va apuntado en un anterior. Mención en colabora-
ción con E. Bossa y titulada «Los Museos de Buenos Aires y la Plata»
hecha para la Ampliación de Estudios.

PLAN DE TRABAJO

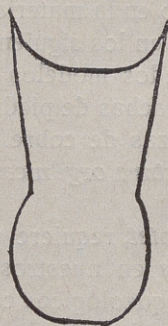
Va precedido este modesto trabajo de unas ligerísimas descripciones de lo que se relaciona con los imponentes escenarios andinos con su fauna y flora tan típicas y luego de dar una sencilla idea sobre lo que se refiere a la etnografía de los precolombinos, que tanto nos interesan, entramos de lleno en la materia arqueológica propiamente dicha, dividiendo el asunto en los siguientes capítulos: I. *Objetos de cerámica* con sus tan variados modelos de cacharros. II. *Objetos de la industria lítica* con sus hachas de piedra idolillos, y afines. III. *Objetos de metal* con sus piezas de cobre en particular y IV. *Objetos arqueológicos varios de textura orgánica* con los utensilios de cuerno madera y textiles.

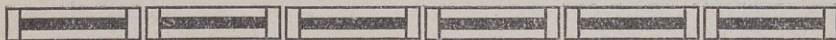
Como la *Colección R. Botet*, requiere para su estudio un complemento de comparaciones y en nuestros museos regionales existen varios grupos de objetos arqueológicos centro-andinos y muchos más en los extranjeros ya citados, de todo ello se hará mención, procurando ilustrar el asunto con la iconografía suficiente para así abreviar tan complejas descripciones.

En cuanto a lo que se refiere a la necesaria bibliografía del tema, no pocos datos pueden encontrarse en las antiguas fuentes tituladas, *Comentarios reales* de Garcilaso Inca de la Vega, en la *Crónica del Perú* de Pedro Cieza y en la *Historia General del Perú* de Antonio Herrera, los que han sido recopilados todos modernamente en las publicaciones de Rodolfo Cronau y en el popular Malte-Brun y otros. Escusado es decir que en los notables museos peruanos, chilenos y bolivianos y en los no menos magníficos argentinos de La Plata. Nacional de Buenos Aires y Etnográfico de la Fac. de Filosofía y Letras de la misma, con sus respectivas Publicaciones o Memorias y Revistas encontraremos el más extenso arsenal para el asunto.

Los nombres de los naturalistas, exploradores y sabios maestros Drs. Holmberg F. de P. Moreno, Max Uhle, Quevedo Lafone, Los Ameghino, Debenedetti, De Carles, Outes, Adan, Bruch, Sra. Dillenius y su esposo Lehmann-Nitsche, Ambrosetti y otros, en particular estos últimos, figuran al pie de las referidas publicaciones argentinas, verdaderos monumentos de la Arqueología.

Por mi parte he aquí mi modesto trabajo sobre este asunto especial ampliando lo ya apuntado en mi anterior Memoria en colaboración con E. Boscá y titulada «Los Museos de Buenos Aires y La Plata» (Junta para la Ampliación de Estudios. Madrid 1911).





IDEA DEL MEDIO AMBIENTE CENTRO-ANDINO

Como precisamente se señalan los yacimientos en estudio entre el más complejo laberinto de montañas, valles y ríos, etc., en que se desdobra el gran *Sistema Andino*, y como es de suponer con una extraordinaria variedad en zonas altimétricas, desde la intertropical, hasta las nieves perpetuas; habiendo tenido que luchar siempre el hombre con tan diversos elementos, será muy del caso el recordarlos, siquiera sea en resumen y siguiendo con ello a las modernas costumbres en las publicaciones de Arqueología.

En efecto, y como es sabido, la inmensa orla montañosa que viene recorriendo occidentalmente a toda la América del Sur, desde el Mar Caribe hasta el Cabo de Hornos, al llegar ya a las proximidades entre los paralelos 6 al 35 australes, forma un extenso territorio montañoso, de tales condiciones por sus alturas y mesetas tan abruptas, que tan sólo son comparables con las más famosas del Himalaya o del Tibet.

Para mejor orden, veamos separadamente lo que se refiera a su *Orografía e Hidrografía*, con sus zonas más típicas de vegetación y su *Fauna, Flora y Gea*, no olvidando en ésta de consignar algo de los famosos yacimientos mineralógicos.

No dejando de tener su interés lo que se refiere a las costumbres y los caracteres antropológicos de los antiguos moradores centro-andinos, se hará alguna mención también sobre la *Etnografía* de los principales focos de civilización de esta parte central del gran *Sistema* en estudio.

Orografía

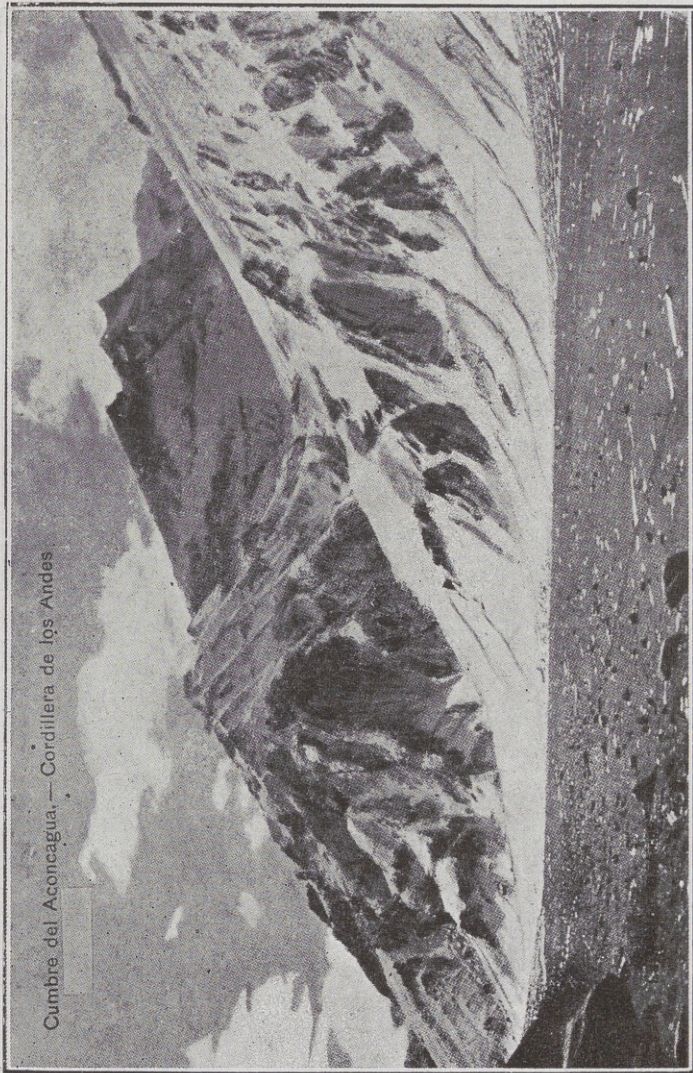
Sin entrar en pormenores impropios al tema, estos relieves andinos pueden agruparse en dos grandes *ramales* más o menos paralelos y conocidos con los nombres sintéticos, el de la *Costa* y el *Central*: estos a su vez vienen subdivididos como veremos en varias sierras y contrafuertes.

Así tenemos, que ya arrancando del Nudo ecuatoriano de Loja se alza en Perú la costanera Sierra Nevada o Blanca, con su altísimo pico de Huascan de 6721 m. y otras tan vecinas como la Central, etcétera. Siempre siguiendo a la costa y después del difuso nudo-meseta de Pasco, frente a Lima, encuéntrase también a la allí denominada *Cordillera Occidental*, con las nevadas cumbres volcánicas más interiores del Pomasí, el Mistí y el Chanchaní de junto a Arequipa, este último con sus 6035 m., y cuyas derivaciones, ya en Chile, en Tacna, lleva el magnífico pico de Sajama, de 6415 m.; las cordilleras Sillílica, y el Huantacondo, son conocidas en conjunto por el nombre de Cordillera de la Costa. En cuanto a la serie de cordilleras más interiores, que ya citaremos, de Jujuy, Salta, etc., serán tratadas en el párrafo siguiente (del *ramal Central*).

El Sistema Andino, en estos lugares inferiores al lago Titicaca, marcha ya en conjunto hacia el Polo austral, derechamente, pero más desparramado en interrumpidas sierras, y asimismo con dilatadísimas altiplanicies como la famosa *Puna* de Atacama, mitad chilena, mitad argentina, de unos 4200 m. de altura media, con el Valle Calchaquí, etc., pero continuándose aquí otra vez con el nombre especial de *Los Andes*, por todo el frente chileno abajo.

A su vez, el gran *ramal* interior, o que hemos llamado *Central*, entra por el alto Perú, denominándose *Cordillera Oriental de Los Andes*, frente al histórico Cusco y con las altas mesetas de Puno, tomando el nombre ya en Bolivia de *Cordillera Real* por bajo del Nudo de Apolobamba, con las nevadas cumbres que limitan al Titicaca orientalmente, con el Monte Sorata (su pico Illampú 6488 m.) y los más próximos a la ciudad de la Paz, el Huaina-Potosí, Chanchacomani e Illimani, este último de 6386 m. de cota.

Como elementos más o menos de enlace difuso entre los dos grandes *ramales*, *Central* y de la *Costa*, podrían mentarse en Bolivia, al



Cumbre del Aconcagua. — Cordillera de los Andes

Panorama de la cumbre del Aconcagua, 7283 m. sobre el nivel del mar según la comisión militar argentina



Panorama del nevado *Monte Sorata*, el pico *Illampú* de 6438 m. y del lago *Titicaca*
a 3800 m. sobre el nivel del mar

Sur, la cordillera de los Frailes y los famosos cerros metalíferos del Potosí, el Porco y el Chorolque, los Navados de Lipes, etc., alturas no menores de 5500 m., sin olvidar al cerro fronterizo de Licancaur, próximo al pilar trifino de Bolivia con Chile y Argentina en Zapaleri, y en donde ya a poco más hacia el interior, de esta última república, reaparece la *Cordillera Real*.

Como relieves más importantes interiores de las provincias de Jujuy, de Salta, de Tucumán y de los Andes, podría recordarse a la quebrada de las Conchas o al Clavillo de la Aconquija de 5400 m. de a. y ya en Catamarca o en la Rioja, a las sierras Famatina, Velasco y Ambato, conjunto interesantísimo repleto de restos *calchaquis*, que llamaremos mejor *Noroeste Argentino*, pero que en un principio constituyen la aludida *Cordillera Real argentina*. A partir de aquí se puede considerar sencillo el *Sistema Andino*, quedando tan sólo como interesantes, las colosas cúspides vecinas del frente de Valparaíso, el Mercedario, con sus 6798 m., y de la Aconcagua con 6970 m. (7283 según la comisión militar argentina), junto a los cuales marcha el ferrocarril tras-andino, por el paso de Uspallata, a unos 4800 m., desde Buenos Aires, a la capital chilena, aludida del Pacífico.

Hidrografía

Como ya se supondrá, tan excepcionales núcleos montañosos, con sus nevados e innumerables afloramientos de aguas y tan extensos valles y conos de deyección, dan en síntesis dos grandes vertientes generales y opuestas; las *Occidentales*, que rinden pronto sus aguas escasas al Pacífico próximo, entre otros, por los cortos ríos o torrentes, el Santa, el Rimac de Lima o el Loa e Ica, etc., y las *Orientales*, que merecerán capítulo aparte por su grandiosidad.

En efecto; las vertientes del lado *Oriental* del núcleo centro-andino son de unas proporciones realmente asombrosas, llegando a alcanzar hasta las costas del lejano Atlántico con más de *siete mil* kilómetros de recorrido y con un rápido desnivel, al principio desde unos 4.000 metros de altura, pasando por estrechísimos *pongos* o desfiladeros y dando cascadas cuyos murmullos pueden oírse en ocasiones a más de 50 kilómetros de distancia. A su vez, estos derrames pueden llevar dos orientaciones: unos corren hacia el NE., al gran *Amazonas*, como el Marañón, el Huallaga y el Ucayalí, etc., colectores de las estriba-

ciones más tropicales que enfrentan con el Brasil junto con los del Ecuador; otros más directamente hacia el SE., se marchan hacia tierras de la Argentina, vertiendo en el no menos caudaloso *Paraná*, como son el Bermejo y Salado; otros no llegan siquiera a pasar las extensas llanuras del Gran Chaco, filtrándose sus aguas en las arenas o estacionándose en fangales o en lagunas, como el río Saladillo o el río Primero en Mar Chiquita, etc.

Por último, aún se podría considerar como una pequeña cuenca inter-andina cerrada; la integran los pequeños riachuelos que vierten sus aguas al tantas veces mentado Titicaca, comunicándose a su vez por el río Desaguadero con el aún vecino lago Pampa Aullagas, taza circundada entre los dos grandes *ramales* de las Sierras Andinas (la Cordillera Real y la Occidental o de la Costa), límites a su vez entre Perú y Bolivia.

Como puede suponerse, la dirección general de esta cuenca hidrográfica, es la de tales murallones, de Noroeste a Sudeste, virando hacia el Sur, o sea enfilando la que sigue ya en lo sucesivo el *Sistema andino* más austral.

Dato topográfico: A nivel del aludido Monte y Nevados de Huascan, en los cerros de Pasco y en otros puntos de la cordillera entre Trujillo y Lima, puede verse a un tiempo, las costas del Pacífico y la cuenca del río Marañón, a poco ya navegable hasta el Pará; por algo se le ha dado también al Amazonas el nombre de *río mar*, comunicándose, en efecto, por él con el Atlántico tan lejano, el occidental Perú, evitándose el rodeo por Magallanes o modernamente por el canal de Panamá.

Geología

Respecto de la geología del país centro-andino, podría afirmarse que se trata de un verdadero muestrario de toda clase de terrenos, con minas de las más famosas del mundo. Indudablemente, al formarse el gran *Sistema andino*, sus pliegues fueron dejando al descubierto hasta los más primitivos terrenos de sedimento o las enormes masas lacolíticas, porfíricas o granitoídes, etc., y también luego por denudación a las monótonas cordilleras batolíticas, especialmente occidentales. En cambio, las allí llamadas *sierras* por sus dentelladuras y caprichosas siluetas, situadas central o más orientalmente, con sus altísimas cumbres, son, en la mayor parte de los casos, de terrenos

Secundarios, triásicos, jurásicos y cretáceos, con sus yesos y areniscas o sus calizas, etc. Los fósiles recogidos como amuletos, depositados en las tumbas y de la colección R. Botet, nos indican este aserto.

Los pliegues generales de el *Sistema* van en conjunto dirigidos como es fácil comprender, meridianamente, más oblicuos del NO. al SE. en la parte centro-andina especialmente, buzando en general con suaves inclinaciones hacia el Oriente. Las famosas *punas* o planicies altas son rellenos *Terciarios* lacustres o grandiosos arrubios *Cuaternarios* y aluviones en terraza, no pocas veces procedentes de glaciérismo o por efectos parecidos a nuestros diluviales, esto ya que los Andes tienen una *facies propia*, «tal vez asincrónica» a las de nuestro continente, en los últimos momentos geológicos al menos. Realmente el sistema en estudio por sus proporciones colosas representan un caso excepcional aun hoy *en movimiento* (1) con repetidas alturas citadas de las mayores del globo. Los casi constantes terremotos, las innumerables masas eruptivas que por todas partes y en todo tiempo han aflorado, y a su vez, los cientos de volcanes que aun hoy existen, muchos activos, bien podrían haber dado lugar al aludido *asincronismo*, modificándolo al menos con notables retardos o adelantos parciales o totales. ¿Representan las extensas llanuras orientales brasileñas o argentinas del Chaco o de la Pampa, los últimos lavados andinos terciarios y cuaternarios? seguramente; pero ¿qué factores los pueden separar exactamente, fuera de los fósiles que allí ya forman fauna propia, y que no se parecen a los característicos de nuestro viejo continente, según puede verse en nuestra colección R. Botet?

Para terminar: en cuanto a los más afamados yacimientos minerales, podría formarse una no menos interminable guía para los interesados, citándose muy en particular placeres de arenas auríferas y minas de plata y cobre, en estado de la mayor pureza, así como de plomo, arsénico, mercurio, cinc, estaño y otros metales, y en forma de sulfuros, carbonatos, etc. Concretando yacimientos además de los famosísimos del Potosí, Huancavelica o del Cerro de Pasco, auríferos, tenemos a los de Carabaya, de Puno, Pancartambo del Cuzco, Pataz de Libertad, etc.; de plata, en Caylloma de Arequipa, Huantay San Juan en Ayacucho, los de Junin, Cajamarca de Piura y otros. Como carboníferos los hay de antracita, hulla, lignito, turba y petróleo, abundando también el amianto y otros cien silicatos con piedras preciosas.

En cuanto a ciertas sales potásicas y de sosa, nitratos, boratos, cloruros, sulfatos, etc., así mismo existen y con famosísimos yacimientos en el Perú. (Los guanos ya se agotaron).

(1) Comprobadas algunas alturas cuando el centenario de Humboldt, se vió que ya habían variado sensiblemente.

Condiciones climatológicas: Su Fauna y Flora

Aun concretándose sólo a la región puramente centro-andina, la lista de especies características de animales y vegetales a estudiar podría ser larga e interesante. Hay que recordar el hecho, de que por tratarse de notables diferencias de altura, combinadas con la latitud, la variedad de zonas, desde los bajos y ardientes climas tropicales hasta las nieves perpetuas, ha de dar precisamente esa larga serie de especies a que se ha hecho alusión. A su vez, si se trata de las vertientes orientales, de los grandes valles y mesetas intercalares, o de los bruscos táludes occidentales, hay también que advertir enormes variaciones de condición; así, en las primeras, las lluvias incluso torrenciales y de tormenta son muy frecuentes; en la parte central del gran núcleo montañoso aun es variable, pero ya hacia las vertientes del Pacífico la atmósfera se encuentra casi absolutamente desecada, llegando a ser en algunos puntos la lluvia un fenómeno desconocido, esto por efecto de la dirección constante de los vientos *alíseos* que vienen como es de presumir del NE. a SO., llegando desde el Atlántico tan lejano y después de atravesar perpendicularmente al aludido gran macizo andino. Tal acontece en particular en la extensa zona de mesetas occidentales, especialmente en la Puna de Atacama por frente al famoso desierto chileno, del mismo nombre.

Apuntadas brevemente estas notas metereológico-topográficas, que tanto pudieran interesar a la biología tan *sui generis* del país, he aquí ahora la que se refiere a la serie de animales o de plantas que más frecuentemente se encuentran espontáneos o cultivados.

Fauna. Formando inmensos rebaños que recorren especialmente las altas y despobladas mesetas, encuéntranse como especies, las más características, a las estúpidas llamas y guanacos, a las alpacas y vicuñas, rumiantes que—como los camellos de occidente ya domesticados—vienen a servirle al hombre a la vez para bestias de carga y también para aprovechar sus leches y carnes, las últimas más en particular por sus excelentísimas lanas, famosas en el comercio. Los terribles tigres como el jaguar y la puma vienen en cambio a sembrar el espanto con sus astutas acometidas, visitando frecuentemente las laderas o valles orientales y «bien presente lo han tenido en todo tiempo los infelices indios», ya que tan pródigamente los han

representado hasta en las figurillas prehistóricas más antiguas descubiertas.

El tapir, danta o gran bestia, y los feroces lobos y zorros americanos vienen a sí mismo a no dejar vivir a los montañeses; las vivarachas *mulitas* o *peludos* y *matacos quirquinchos*, armadillos de pequeño tamaño, que tanto nos recuerdan a sus semejantes ya fósiles, y que precisamente se conservan en nuestra *Colección R. Botet*; los *tartugos* o ciervos, los *pecarís* o cerdos americanos, mas los aulladores monos de larga cola o ciertos mamíferos pequeños como la finísima *chinchilla* y determinados roedores, etc., ascienden más o menos, a las sierras y casi siempre del lado oriental y hasta adonde el clima o la clase de vegetación los favorece.

En los grandes llanos, la corredora avestruz americana o *ñandú* y por las mayores alturas el majestuoso condor, «como un avión de grande» vienen entre las aves no pocas veces a verse; legiones de chillones loros barranqueros o huacamayos y otros pájaros de cien especies animan el paisaje, con gran desesperación de los que se aventuran a cultivar frutales o cereales; serpientes, incluso venenosas, tortugas y lagartos, los sapos anunciadores del cambio de tiempo en los sitios más favorecidos por las lluvias, dan la nota respectivamente de los reptiles y anfibios, mas sin llegar nunca a traspasar a las vertientes occidentales. No pocas decoraciones de los vasos, cacerolas, etc., veremos están inspiradas en estos últimos animales y más o menos estilizados hasta lo inverosímil o aun reproducidos, corpóreamente en barro, como veremos más adelante.

Por último, las mangas o plagas de insectos no pocas veces llevados por los vientos, así como otros artrópodos característicos; los parásitos como las molestas niguas, pulgas, y otros llegan también hasta semejantes alturas, como puede suponerse, transportados por el hombre o sus recuas, y los numerosos ganados de bueyes, caballos o carneros, que en las estancias se tienen desde la Conquista.

Flora. Respecto de los vegetales que pueblan al territorio, podríamos registrar no menos larga lista. Hay que reconocer que además de la exposición, altura, o sólo en las diferencias del suelo entran factores especiales no menos importantes, como son: las proporciones de la sílice, de la cal, los elementos salinos, la preponderancia de la humedad, el grado de vegetación, etc., exclusivos para cada especie a veces. Así las quinas, las cocas y otros árboles se desarrollan con preferencia en la parte alta del Perú; las vainillas u orquídeas o zarzaparrillas necesitan bosques tropicales en donde trepar o fijarse parásitas, o epifitas. Tan sólo el número excepcional de plantas medicinales, balsámicas, eméticas, tónicas, antifebrífugas,

nutritivas, etc., etc., que se utilizan, formaría un extenso capítulo terapéutico, que nos llevaría demasiado lejos de la cuestión.

Si intentásemos ocuparnos de los árboles maderables, tendríamos otro tanto; basta el citar, entre ellos, a los cedros, el palo cruz, el cimbalo o la jacanda.

Por debajo de los grandes nevados que allí se distinguen a los 5.200 metros, tan imposibles para la vida, se señalan las zonas de vegetación denominadas la *Puna* y la *Montaña*, y aun ésta distribuída en varias sub-zonas que detallaremos a continuación:

La *Puna*: La más alta es la llamada *Brava*, con 3.500 o 4.500 metros de altura; no pocas veces se trata de la Cordillera de los Andes o de los grandes valles comprendidos entre ésta y las Sierras; su flora es paupérrima, limitándose a gramináceas como la *estípa* o los allí conocidos por el *ichú* o la *llareta*, ésta de los lugares algo húmedos. En las secas vertientes, hacia el Pacífico especialmente, se desarrollan los clásicos *quiscos* o *cardones*, y *cactus gigantones* (*Cactus peruvianus*), así como algunas otras especies carnosas erizadas de espinas, en vez de hojas; hay en las *punas* ya más bajas, sembrados de cebada, y aun de patatas o papas y de otras plantas de nuestros climas fríos; en cambio en las *pampas* o planicies altas salitrosas no existe vegetación alguna, son verdaderos desiertos.

La *Montaña*: Del lado *Oriental* y bajando gradualmente a los inmensos llanos brasileños o argentinos, existe una zona de vegetación variada, constituyendo la titulada impropriamente *Montaña*, ésta con bosques espléndidos, ya que su clima templado primero, luego más cálido, y aun ardiente en los llanos, todo lo permite, si bien con los contrastes propios en las tierras próximas a las grandes alturas. Los naturales del país distinguen sucesivamente las *sub-zonas* especiales, allí denominadas *Cabeceras de los Valles*, con los cultivos de la vid, legumbres, cereales y frutales, con el naranjo, limonero, o la cola, dátiles o cocos, y el caucho, el jebe, algodón, caña de azúcar, arroz, café, cacao, etc., que van poblando en este orden extensos valles medios o el *Medio-yunga*, y desde unos 2.000 metros o menos de altura. La conocida por la *Yunga* es la más poblada de especies arbóreas silvestres, formando, merced a los dos grandes factores, el calor y el agua, considerables selvas casi vírgenes, inhabitables para el hombre y con no pocas ignoradas especies botánicas tropicales (1).

Del lado occidental de la parte del Perú y aun de Chile, en estrechas fajas, se repiten no pocos cultivos de los indicados, en el primero,

(1) Ya en los bajos llanos, y aunque no nos interesa tanto el asunto, se vuelve a presentar la vegetación monótona y de gramíneas generalmente, pero de alto porte.

hacia la parte ecuatorial, con la aludida quina y cola, café, cacao, etc., aprovechando determinadas condiciones de altura o exposición, y contando con la influencia de la humedad del Pacífico o de los derretimientos de los nevados, de los pequeños ríos o manantiales no salobres.



Fig. 1.^a—Representación gráfica de especies de la fauna centro-andina; pájaros estilizados, el ñandú, serpientes y el sapo. (De las decoraciones de los vasos calchaquis.)

Principales núcleos étnicos centro-andinos

y sus costumbres e industrias :: :: ::

Núcleos étnicos. Aunque no trate yo aquí de definir lo que se refiera al problemático asunto racial sud-americano, sin embargo, no estará de más el recordar algo de lo que se refiera a la característica de los habitantes que poblaron esta región *centro-andina*, no olvidando tampoco a sus industrias, costumbres primitivas, etc.

Del hombre aborigen—como en otros lugares—bien poco puede decirse, discutiéndose mucho sobre lo que se refiere a la unidad de raza. Según parece, y esto lo procuraré tratar más ampliamente en otra ocasión, hubo ya dos tipos étnicamente distintos; unos *dolico-céfalos* de largo cráneo, otros *braquicéfalos*, de cráneo corto, esto es, recordando a los individuos de la raza llamada *amarilla, mogólica o asiática*. Ambos tipos aun hoy pueden perfectamente distinguirse, si bien lo que parece haber dominado más es una tercera raza afine a los clásicos *pieles rojas*, y conocida con el nombre de *cobriza*, por la coloración de la piel.

Insistiendo en los caracteres físicos y en términos generales, también podrían, por último, señalarse entre los centro-andinos algunos rasgos antropológicos comunes (1). Así veremos, por ejemplo, que no pocos de los cráneos antiguos se presentan con el llamado *hueso del Inca* (inter-occipital) o se hallan fuertemente deformados, bien por compresión circunferencial (*aymará*) o por la fronto-occipital (*flatheat*), dando una faz de aspectos tan variados y horrorosos que han sido tomados por seres de una categoría inferior a la humana. (En nuestra *Colección R. Botet* tenemos varios como ejemplo).

Como una de las más primitivas civilizaciones centro-andinas se ha citado a los *uros*, pueblo que se extendió en los alrededores de la región de los lagos del Titicaca en particular, y que en tiempos de la Conquista aun pudieron reconocerse en sus descendientes, en las inmediaciones de los cerros de Lipés; estos sencillos indígenas tenían su *lenguaje propio*, si bien con no pocas influencias de los *gez-cren* y

(1) No incluyo aquí a los individuos de raza negra o blanca y puros de la amarilla, por ser de orígenes mucho más modernos.

araucanos y *atacameños*, de lenguas y costumbres completamente distintas.

A su vez—y siempre tratando este asunto lo más elementalmente posible—señaláronse ya por el Norte peruano las famosas culturas de la costa, los *chinchastan* primitivos, los *Proto-Lima*, *Proto-Chancay*, *Proto-Chimú* y *Proto-Nazca*, así como entre las regiones más hacia el Sur, hoy Bolivia, Chile y particularmente el Noroeste argentino, a los *huanacas*, *quechuas* o *quichuas*, *aymarás* y *diaguito-calchaquis*. A su vez, ascendiendo más o menos hacia el núcleo andino y entrometiéndose con sus costumbres y comercio, los vecinos *guaranis* y los *quitus* en los linderos ecuatorianos, los *humahuacas* y *atacame-*

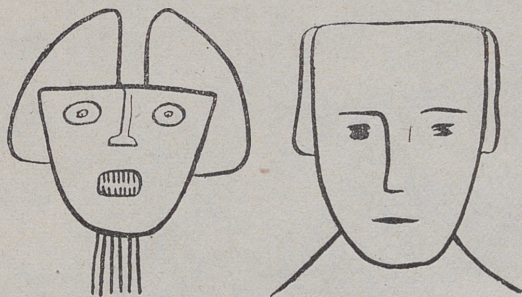


Fig. 2.^a—Representación gráfica de la cara humana de los centro-andinos

ños y otros de la parte chileno-argentina, vinieron a ejercer su poderosa acción con el intercambio, según lo acusan los restos de la cerámica, los idolillos, las conchas de los moluscos marinos importados y otras cien cosas, pero conservando, sin embargo, cierta unidad de costumbres entre ellos, impuesta por las mismas o muy parecidas condiciones del mismo *medio-ambiente andino*, con sus altas *punas* y nevados bajo el sol tropical, sus guanacos o sus fieras terribles, sus plantas especiales, etc., y más en particular por su duro clima, con sus secos y fríos vientos, el enrarecimiento del aire y las consecuentes evaporaciones e irradiaciones de las alturas tan considerables que por todas partes abundan, causa de las mil penalidades y de los más grandes y crueles sacrificios humanos. También podría señalarse como una consecuencia quizás de tales circunstancias, el hecho que tanto les une *espiritualmente*, de tener religiones verdaderamente *metereológico-astronómicas*, y más todavía, un «culto fastuoso a sus muertos», que obedece como causa a quedar los cadáveres, por las condiciones aludidas del clima, sin descomponerse, «como en estado durmiente», *momificándose* siempre sin ninguna preparación

especial. Por esto, creyendo en su despertar, se les ponía en sus tumbas las sandalias y los jarritos con la reconfortante chicha, cosas tan propias para el caso supuesto de la resurrección (Fig. 3.^a)



Fig. 3.^a—Objetos típicos hallados en las tumbas centro-andinas precolombianas de Chiu-Chiu (Chile), etc., conservados en la Universidad de Valencia

Ante la imposibilidad material de dar cabida a una mediana información sobre lo que queda de tan grandiosas civilizaciones centro-andinas, tomaremos como tipo de estudio: primero, lo más original referente a *Tiaguanaco*, de los *aymaras* y *quechuas*; segundo, lo del *Gran Chimú*, de los *yuncas* y demás habitantes de la costa (*Proto-chimú* y *Proto-nazca*), y tercero, lo más clásico del *Valle Calchaquí*, como recuerdo de los *diagnito-calchaquis*. En cuanto a los *incas*, con su gran *Imperio* que unos siglos antes del descubrimiento de América fundaron, precisamente dominando a estos pueblos citados, caídos en el mayor embrutecimiento, merecerían un gran párrafo aparte, un libro a lo *Rodolfo Cronau*. Con sinceridad he de manifestar que, si bien el asunto es de lo más sugestivo, no por ello me he de olvidar tampoco de que no debo abusar de las mercedes recibidas, contentándome por hoy con las adjuntas cuartillas de vulgarización y remitiendo al lector a otros autores más especiales al caso.

Costumbres, industrias y otras manifestaciones de cultura

centro-andina. Respecto de la vida probable que llevaron estos andinos, debemos suponer que ya desde un principio, y como en análogos lugares montañosos, habitaron las cuevas y dedicáronse errantes a la caza y pesca o a la guerra. Ya más adelantada la civilización, formarían agrupaciones o aldeas de chozas construídas con pieles, piedras o adobes secos al sol, y al fin edificaciones armadas con hormigones cementosos. Unos enormes monolitos graníticos o de arenisca perfectamente bruñidos y ajustados y de gran antigüedad pre-incásica, pueden verse aún en las inmediaciones de Tiaguanaco o de El Cusco. Para la defensa o ataque hicieron los centro-andinos, sus *cairns* o *pircas*, y aun los famosos *pukarás*, como los de Acobamba o de Tilcara.

Desde los tiempos más remotos hasta hoy, el pastoreo y la agricultura, así como ciertas industrias rurales, son los medios que han servido de vida a aquellas sencillas gentes, honradas y sóbrias; pero las malditas bebidas alcohólicas, el abuso de la chicha y quinua, el mate y la coca, les pone—especialmente a los indios o *cholos*, que tanto las han empleado—en un estado de idiotez tal, que es una verdadera pena y causa de la gran degeneración de la raza indígena.

Respecto de las principales industrias de la región, en estudio, podrían citarse como las más típicas: las de la piedra o *líticas*, labrando admirables puntas de flecha y hachas, como veremos; la del hilado y tejido a mano, según acusan los husos y sus *torteros* hallados; la de alfarería con los mil modelos de bellos cacharros encontrados en los enterramientos; las del metal y de la madera, llegando a fundir y a tallar con *gran arte*, aptitud ésta también demostrada en no pocas ocasiones distintas, incluso en los aludidos cacharros, en los frontispicios de los magníficos edificios construídos, idolillos y demás casos.

Pero en donde llegaron verdaderamente a un grado superlativo de esplendor fué en lo que se refiere, como ya se ha dicho, al culto a los muertos, y más tarde también al Sol y demás divinidades adoradas con fanatismo en las tres civilizaciones que vamos a referir.

Así, ya con una antigüedad muy remota a los *incas*, pueden citarse de Tiaguanaco, a las famosas *chulpas* que rodean a la población, altas edificaciones con piedras de arenisca hasta de ocho metros de largas por cuatro de anchas, muy bien labradas con bellos bajo-relieves, en que encerraban a los cadáveres y los mil objetos, cuya arqueología convenientemente descrita, podría ser labor de nunca acabar. Bastará con hacer mención de lo que poseemos en la Colección Botet, y de lo que como complemento de ideas se cite. El idioma de Tiaguanaco fué —y aun es hoy con el español impuro—el antiguo *aymará*.

De otras notables *chulpas* análogas, y no muy lejanas, podría también hablarse y más en particular de Chiu Chiu, frente al desierto famoso de Atacama y de las del Cusco, con sus no menos antiquísimos recuerdos históricos de los *quechuas*, *preincásicos* o *incásicos*. Estos últimos serán tratados aquí aparte; pero no olvidando la consigna de ser breve.

Respecto del pequeño *Valle Calchaquí* y sus inmediaciones del *Noroeste argentino*, si bien se trata de un núcleo de importancia relativa como civilización, no poco discutida, en cambio como veremos, viene a ser evidentemente un foco de arte, con sus *pucos* famosos y demás alfarerías de carácter especialmente funerario; díganlo si no las espléndidas colecciones arqueológicas formadas en los museos argentinos, y de los cuales puedo yo dar fe de *visu* como ya he dicho en un principio y que de buenas ganas volvería a visitar con más tiempo y ya más especializado en Arqueología (1).

No menos interesantes y maravillosas fueron las manifestaciones de cultura, y de arte, que nos legaron los *yuncas* o habitantes de la Costa, que tan bien supieron poner su fama y llevarla por su comercio a todo lo largo del territorio andino.

En efecto; en el *Gran Chimú*, hoy Trujillo, los enterramientos, allí conocidos por el nombre de *huacas*, se presentan en forma de pirámides ya semi-destruidas y de las que por lo menos hubo tres, de unos 50 m. de altura, denominadas del *Obispo*, *Concha* y *Toledo*, las que fueron saqueadas cuando la conquista, llevándose incalculables *huacos* o tesoros de joyas de plata y oro, malvendidos en no pocos millones. En los grandes museos de Berlín, Londres, La Argentina, Lima, etcétera, quedan aún muchas piezas que no pudieron llevarse por no ser fusibles; de éstas son también los admirables cacharrillos del tipo *draconiano* de Nazca y Palpa, propios para los sacrificios, y que se conservan en el *Colegio de los PP. Franciscanos, de Onteniente* o en el de Ocopa (Perú), y los que han llenado las colecciones de los americanófilos.

La cultura *yunca*, mejor dicho, de *Proto-Chimús* y *Proto-Nazcas*, fué mayormente de interés por su independencia, pues no fueron juzgados ni por los *quitus* ni por los *incas*, y por su antigüedad, elevada ya por lo menos con su esplendor, a unos mil años antes de la conquista y fundación de Lima, en el valle del río Rimac, por Francisco Pizarro en 1535, quedando en ésta los cimientos de no menos gran-

(1) Hay que recordar que tan solo la parte paleontológica me absorbía el mayor trabajo por su gran extensión y por la falta de bibliografía apropiada al caso, así como por el número de ejemplares fósiles contenidos en nuestra Colección y que requerían consulta y fotografías.

diosos edificios, como en el pueblo de Ancon, y otros llenos de historia de los indios de la Costa. El idioma que se habló (y aun se habla) entre los salvajes de estos lugares fué el *quichua*, y por cierto que existe una notable gramática, escrita para ellos por el R. P. Franciscano Fr. Antonio Navarro, fruto de sus largos años de misión en tan lejanas tierras.

En fin, respecto de los aludidos *incas*, ya de los períodos inmediatos a la Conquista (unos cuatro siglos antes), con su semi-histórico imperio, también llamado del Cusco, se presentan con el mayor esplendor que pueda imaginarse en un pueblo renacido en su civilización, tan sólo comparable cuando Pizarro los sojuzgó, a los más fastuosos de los nuestros orientales. En efecto, y especialmente en el corazón del núcleo *centro-andino*, del Titicaca al Cusco y sus alrededores, se vió florecer entre los más bárbaros salvajes *quichuas* a una virtuosa pareja de hermanos y luego esposos, a *Manco Capac* y *Mama Oella*, los que, titulándose *Hijos del Sol* y *nacidos en las olas del lago Titicaca*, fundaron el mencionado *Imperio Incásico*. Estos redentores sojuzgando al embrutecido pueblo por la persuasión y luego por la fuerza (1), llegaron aproximadamente hasta los límites del hoy Perú, Bolivia y Noroeste argentino (con algunas excepciones, por ejemplo en el *Gran Chimú*), y de cuyos resultados podríamos llenar no pocos libros. El historiador *inca*, Garcilaso de la Vega, bien podría citarse con sus obras como el más brillante fruto de la tan renombrada civilización sud-americana, destruída brutalmente casi en su totalidad por la avaricia de los aventureros o buscadores de tesoros, y que aun hoy merodean por aquellos territorios, llenos de *chulpas*, *pucarás*, palacios, templos, caminos, terraplenes, túneles o puentes colgantes, acueductos, graneros, depósitos y canales para las aguas, etc. Para el culto al *Sol* y al *Inca*, en las islas del tan mentado lago, levantaron preciosas puertas tituladas de la *Luna*, del *pájaro*, y del *león*, con una tribuna para recibir al *Sol naciente*, y para el culto y las concubinas del Astro-Rey, había palacios magníficos en el Cusco (hoy Santo Domingo y convento de monjas Claras). En Puitu, Sidapampa, Huamachucho o Cajamarca, hubo no menos importantes palacios del Emperador y para sus ritos, siendo en el de este último, en donde Pizarro acabó con el *Inca* Atahulpa, el postrer del famosísimo Imperio que llenó al país centro-andino de maravillas arqueológicas.

Para finalizar el tema, en las hoy vecinas repúblicas ecuatorina o salvadoreña, mexicana, etc., y más en particular en las chilena

(1) Como se ha alabado tanto a los Incas, bueno será recordar también que entre otras malas formas de castigo a sus prisioneros, estaba la de arrancarles los dientes y la nariz.

y argentina (en su complemento al Noroeste citado), en el extremo patagónico, etc., se podrían acusar análogas culturas o afinidades étnicas. Como el asunto sería largo de tratar, quedará, como otras cosas, para futuras publicaciones ya anunciadas.



OBJETOS DE CERÁMICA

Los restos de cerámica de la región centro-andina no representan, como es fácil suponer, un caso aislado en la civilización mundial. Las semejanzas con otros objetos de barro, *centro* y aun más *norte-americanos* son bastante manifiestas y con raras coincidencias, debidas bien a que los habitantes sostuviesen sus relaciones comerciales, copiándose, o bien a haber seguido sus industrias, fases paralelas de desenvolvimiento, por lo menos en la imaginativa de los respectivos artistas manufactureros.

Pero el asombro puede llegar al colmo al tratarse de buscar y de hallar paralelismos aun entre dos pueblos casi antípodas, como en el caso presente, entre los sud-americanos con los del Asia o del Africa y aun con los de Europa; así observaremos, por ejemplo, que la famosa *greca* de los griegos y romanos, viene frecuentemente representada en nuestros vasos en estudio como vamos a ver; y conste que no se trata de las formas primordiales tan sencillas y frecuentes de todos los pueblos, que constituyen una pesadilla más para la discusión referente al gran problema de las inmigraciones a las Américas, ya realizadas desde la Eucasia o bien a través de las supuestas tierras de la Atlántida, etc. (Fig. 4.^a)

Sin embargo, dentro del mismo núcleo centro-andino, aun veremos que con un poco de ojo práctico, se puede casi siempre llegar hasta distinguir las formas mixtas, por ejemplo, las *peruanas* con decoraciones *calchaqueñas*; tal sucede, en en el caso de ciertos botijos del tipo llamado *ápodo peruano*, que también se fabricaban en el Noroeste argentino, pero con dibujos de esta última civilización, con el zig-zag tan característico. No pocas veces un análisis serio de las materias empleadas, barros o barnices, delata su procedencia cuando no la presencia de cierta cantidad notable de sales, como entre los centro-andinos los nitratos.

En conjunto, las piezas pueden clasificarse en *formas toscas*, las más primitivas y muy patinadas (1), hechas a pellizcos, sin torno y secas al sol o a la hoguera, o bien *torneadas*, con dibujos grabados o relieves, más o menos perfectos o policromías complicadas, en rojo negro y aun blanco o violado, dando la serie más extensa de modelos que pudiera imaginarse y que precisamente tendremos ocasión de lucir, siquiera sea con los tipos más salientes.



Fig. 4.^a—Formas de cerámica Centro-andina (Calchaquí) que nos recuerdan a las nuestras orientales

Respecto del empleo probable que se daba a los cacharros, se puede recordar que si bien los hubo para el uso doméstico, otros en cambio se destinaban exclusivamente para ciertas ceremonias, roga-

(1) Basta el observar en una fractura la diferencia que pueda presentar en el color el barro, cuanto más claro al exterior más antiguo.

tivas o funerales, etc., poniéndolos, como veremos, en compañía de los cadáveres; (generalmente se trata de platitos o jarrillos con maíz y agua o la chicha y las sandalias). Y es más, entre los calchaquis o afines se guardaban los restos de los muertos también en urnas de barro. De la misma materia se encuentran a veces escarapelas, figuritas, idolillos, y topecitos propios para ponerlos en el palo del huso de torcer a mano. En la gran mayoría de los casos, las piezas, especialmente las grandes, se han hallado rotas, indudablemente, por los ambiciosos buscadores de tesoros, si bien—y sobre ello ya se hablará más adelante—también se fracturaron *de intento* ya desde un principio, no dando señales de haberse estrenado siquiera.

En atención, pues, a la importancia tan extraordinaria que alcanzan los objetos de alfarería, especialmente entre estas antiguas civilizaciones en estudio y recordando el fin que se persigue con el presente trabajo de divulgación, que es ilustrar especialmente sobre aquello que más se relaciona con la *Colección* que tenemos en el antiguo Almudín, y que a los aficionados al *folklore*, les sabrá a poco, veamos de dar lo más ajustadamente posible extensión al capítulo presente, «cumpliendo al mismo tiempo un deseo expresado en vida por su generoso donante el excelso don *José Rodrigo Botet*, en honor a su querida *patria chica*, Manises», el pueblo de los alfareros por excelencia.

Teniendo presentes cuantos datos he traído en mi cartera, los dibujos y fotos originales que poseo y también los suplidos y tomados en algunos casos de publicaciones de los Museos de Buenos Aires y aun de La Plata, etc. (ya que por falta material de tiempo yo no pude sacarlos directamente), he aquí lo que más pueda interesar al caso, siguiendo en particular el camino marcado por el ilustre amigo doctor Juan B. Ambrosetti, director del Museo de la Facultad de Filosofía y Letras de la capital argentina y sin olvidar tampoco los elementos pertinentes de estudio vistos en otros lugares, incluso en el Colegio-convento de los Padres Franciscanos de Onteniente y los de la Biblioteca y Gabinete de Historia Natural de la Universidad de Valencia, todos del antiguo Perú y afines a los aludidos de la *Colección Paleontológica* en estudio de nuestra capital.

Sucesivamente será motivo de descripción lo que se refiere a los grupos siguientes: *Alfarería de uso común*, *Alfarería de uso ceremonial o votivo* y *Objetos varios en barros cocidos*.

Alfarería de uso común

En conjunto, trátase generalmente de sencillas piezas y con toscos adornos. Preocupaba poco a estas gentes en estudio el lujo en las cosas del uso doméstico, dejándolo solo para los objetos del culto a los muertos o a las divinidades. Principalmente se hará mención de lo que se refiere a las famosas cazoletas de comer o *pucos*, a los pucheros de hervir, a las grandes tinajas de preparar o almacenar fermentaciones y por último, a los botijos y jarritos de guardar el agua.

Cazoletas, Pucos. Respecto de estas piezas tan famosas, las hubo, dentro de la forma de plato o de cazo con más o menos profundidad, de bordes lisos, amplios o fuertemente acampanados, y con algún adorno tosco en cuadrícula, rastros babosos, paralelos punteados, con barro negro o rojos y aun con ciertos esmaltes y dibujos que bien pudieran ser sospechosos, ya que, como veremos, hubo también *pucos*—y precisamente los más bellos—propios para los enterramientos y ofrendas.



Fig. 5.^a—Fragmento de un *puco* tosco negro de Tiaguanaco. Col. R. Botet y un vaso negro pulido *calchaqui*.

Es más, en algunos casos tal vez se trate de ejemplares mixtos, esto es, que si bien se hallaron en las tumbas fueron puestos en ellas como recuerdo de su empleo por el difunto, o a falta de otros *pucos* especiales.

Pucherillos: Los pucheritos propios para preparar las comidas tienen las formas que aun hoy mismo se registran, sirviendo también como en Aragón, para comer en ellos, evitando el uso del plato y sujetándolos sobre las rodillas. La forma es la ventruda y la boca puede cambiar algo en su diámetro ancho, con los bordes acampañados y más o menos altos; casi siempre presentan dos asitas laterales en la parte más saliente; en otros casos éstas vienen colocadas hacia lo alto; formas hay con un pie tan distinto que recuerdan a una salvilla.

En algunos yacimientos, se han hallado repetidas veces ciertos pucheritos asimétricos, esto es, como desviados en el sentido del asa. Tal disposición resulta ser hecha *de intento* y no defecto de una mala construcción de cuando estaban tiernos aun, ya que con tan original forma se les puede aproximar mejor a la fogata, sin el riesgo de quemarse los dedos al agarrarlos por el asa, al quedar ésta así más externa. Especialmente en las exploraciones arqueológicas del famoso *Valle Calchaqui*, en La Paya, es en donde el ilustre Ambrosetti los encontró, y así los cita en sus obras.



Fig. 6.^a—Grupos con dos pucherillos de pie de salvilla y otros tres con cuerpo *asimétrico calchaquis* (Mus. de B. Aires).

Tinajas. Respecto de los tinajones, hallados en localidades diversas andinas y que fueron empleados especialmente como almacenes de maíz o para el agua o las fermentaciones, bien poco vale la pena de detallarlos, porque se trata de sencillas piezas en caldereta, cónico-invertidas o panzudas y sin adornos. Generalmente se las ha extraído rotas por causa de su gran volumen, hasta de 1'30 metros. Algunas

han sido también utilizadas como urnas funerarias, hallándose entre las necrópolis. Sus barros son los ordinarios del color del ladrillo.

Jarras y cazos. Para los usos del hogar y con modelos muy semejantes también a los nuestros, hállanse no pocos jarros o cazos de alfarería tosca, provistos casi siempre de unas asas o rebordes con

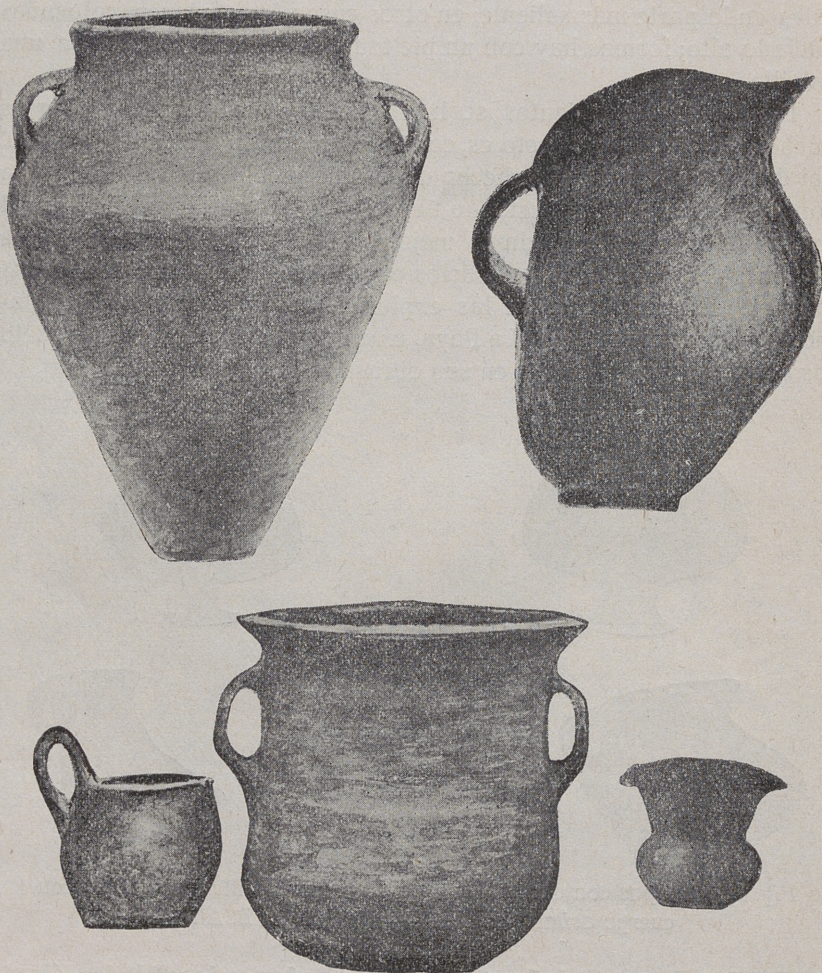


Fig. 7.^a—Tinajas o jarras y cazos del Noroeste argentino

pico y otras modificaciones que demuestran se destinaban a tal objeto. Aunque no llevan ni dibujos ni otros adornos—lo que viene a demostrar no se trata de piezas propias del culto—no por ello dejan

de carecer de cierta elegancia, como puede verse, por ejemplo, en las adjuntas jarras del Noroeste argentino. En cuanto al pequeño cazo de la misma procedencia, es curioso el ver cómo ha conservado su asa impar vertical, a pesar de su delgadez y elevación.

Botijos. Finalmente han llamado mucho la atención por su factura, los ya anunciados botijos que se llamaron *aribales* o *ápodos peruanos* y chilenos, también extendidos por otros lugares centro-andinos, como el *Noroeste argentino*. Realmente, su original silueta de terminación cónico-invertida, sin pie especial, hace pensar en «algo práctico», y en efecto, se trata de botijos propios para clavarlos en las arenas o tierras del suelo, recubriéndolos a su vez más o menos, para así evitar los bruscos cambios de temperaturas del agua que contuviesen. Según parece, se han hallado no pocas variaciones, en la ornamentación, a veces con el *klimanskistrón*, el rayo, etc., y aun con la boca más o menos estrecha o adornada con figuras



Fig. 8.^a—Botijos del tipo *ápodo peruano*; el primero del Noroeste argentino el último guardado en la Biblioteca de la Universidad valentina.

humanas, como el que se halla recogido en la Biblioteca de nuestra Universidad valentina o los rectángulos chilenos. Los hay en tamaños variables, desde dos decímetros hasta de cerca de un metro de altos, en barros negros ordinariamente y rojos con dibujos negros.

También en ciertos enterramientos, y esto debería pasar a descri-

birse en el próximo capítulo, se encuentran determinados cantaritos o botellas casi con la silueta aludida, pero de más largo cuello y rebordada boca y no pocas veces marcado también un disco-pie de sustentación. Hay también de tallas menores y son los denominados *pseudo-ápodos*, que, como describe el Dr. Ambrosetti, fueron hallados en la ya mentada La Paya y otros lugares; la ornamentación en ellos es también muy variada, según la influencia de la respectiva civilización que los produjo. Así, en conjunto, se ven los más elegantes jarros, que, por su factura en pequeño, recuerdan a los clásicos *yuros* argentinos, y otros de siluetas más alargadas que aparecen como verdaderos búcaros al perder las asas laterales.



Fig. 9.^a—Pseudo ápodo y un yurito de pezón, tal vez para ceremonial.
Del N. Ó. argentino.

Alfarería de uso ceremonial o funerario

Estudiados convenientemente los numerosísimos modelos de cerámica hallados en toda la región centro-andina, se ha visto que la gran mayoría de ellos fueron de carácter puramente *fúnebre*, acompañando al muerto como ofrenda o para ponerle los supuestos

medios necesarios para su nueva vida al despertarse; ya para emplearlos en ciertas ceremonias de culto, incluso en bailes, o para realizar cruentos sacrificios humanos, conservando también las víctimas en urnas de barro y aun figurando su entierro, etc.

La descripción detallada de tanto modelo nos sería extraordinariamente lata e impropia de este trabajo; así, pues, procuraré suplirla con los dibujos y fotos, en cuanto me sea posible.



Fig. 10.—Diferentes modelos de *pucos* del NO. argentino. Los tres últimos dibujos son las decoraciones del interior.

Cazoletas pucos.—Desde la cazoleta más sencilla, pero de elegantes líneas y propia para lucirla, hasta el más artístico plato de los llamados *ornitomorfos*, hay todo un completo muestrario de formas. Veamos —bien a pesar mío—sólo las más salientes, refiriéndome más en especial a los famosos *pucos* o cazoletas tan típicas del Noroeste argentino y vecindades. (Fig. 10.)

Se suelen clasificar por su forma en campanuliformes y convexos de boca ancha o estrecha y por sus decoraciones, con líneas sencillas angulares con klimanskistron recto o curvo, con greca, óvalos, triángulos reticulados, de serpientes o zoomorfos y con reborde.

Platos ornitomorfos y cazos libatorios: Como es fácil deducir, se trata, en los primeros, de platos que tengan alguna semejanza con las formas de un ave; respecto de los segundos, su nombre no menos

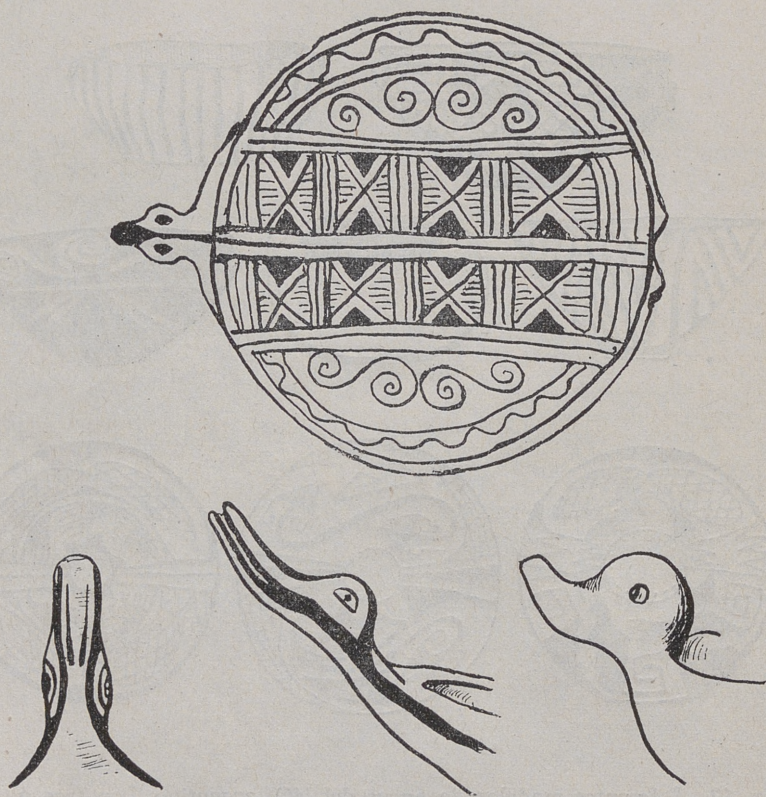


Fig. 11. Plato ornitomorfo y cabecitas de otros ejemplares de La Paya (Valle Calchaquí). Exploraciones del Dr. Ambrosetti

gráfico hace pensar fuesen para uso de beber con ciertos refinamientos. De ambos tipos podemos ofrecer dibujos suplementarios, ya que no he tenido ocasión de hallarlos fuera del Museo de la Fac. de Filosofía y Letras de Buenos-Aires. Fueron descritos por el doctor Ambrosetti y otros. Digamos algo de ellos en particular.

A propósito de los platos ornitomorfos, puede recordarse el que

se hallaron tanto en el Perú, como en el NO. argentino, con influencias chilenas en su decoración. Los de La Paya se encontraban a pares, y alguno llevando como ofrenda una placa pectoral de cobre, como el que cita en sus exploraciones en dicho lugar el doctor Ambrosetti; los hubo también con la cabeza del pato transformada en un botón, pero conservando los dos apéndices opuestos a ella; esto es, la cola o las patas del animal. Los barro empleados pueden ser los negros o los rojos, y los dibujos suelen estar internos, en fajas o transversalmente dispuestos, habiendo también sin decorado. (Fig. 11.)

En cuanto a los *cazos* o *vasos libatorios*, por su elegancia en formas y dibujos son dignos realmente de mención. Se trata como en casos análogos de cacharros propios de usos funerarios o de ritual, y así lo acusa su ornamentación en los últimos, pues llevan un agujero en el reborde o labio; generalmente en el sitio opuesto a este reborde llevan los incásicos relieves de culebrillas o un grueso pezón o mango en forma de cabeza de tigre. (Véase la lámina adjunta.)

Para terminar; casos hay de pucos o cazoletas y platos diversos que llevan como adornos en relieve cabecitas de animales diferentes más o menos estilizadas o humanas con detalles de sus ojos, nariz, etcétera, y que nos sería prolijo el describir en estos párrafos de sencilla información arqueológica.

Tazas de sacrificio.—Repasando los apuntes y publicaciones que poseo sobre el presente tema de cerámica, me encuentro con un capítulo titulado «vasos con decoraciones del tipo *draconiano*», y que aun refiriéndose a los más primitivos tiempos de la civilización de los *calchaquis*, indudablemente se relacionan con lo que se conserva del Chimú en el renombrado Colegio de Onteniente.

En efecto, trátase de un par de lindas piezas, una *taza* y un pequeño *botijo*, que ostentan unas mascarillas humanas estilizadas, como recordando a modo de los *dragones* tan característicos del aludido tipo argentino, pero que según la opinión de los arqueólogos más autorizados, son de origen peruano, precisamente de los *Proto-Nazca*. (Véase la primera y quede el segundo en párrafo aparte.)

Respecto de la *taza* puedo afirmar que se trata de una de las más delicadas y bien decoradas piezas que he visto en mi vida; está pintada en todo su exterior con originales dibujos, y la cara ya aludida nos trae a la memoria el Shan-hay de los chinos con sus grandes ojos, si bien tiene además ciertos aditamentos originales. Los tonos rojos y negros, sobre otros más claros, siempre sin esmaltes brillantes, nos recuerdan ciertos vasos saguntinos o etruscos de nuestras civilizaciones orientales, aunque guardan más semejanza con los de los ya indicados chinos. Como complemento lateral de la

figura, adviértense también unos trapecios irregulares con ciertos signos al parecer emblemáticos, marcando triángulos o rombos asimétricos.

Como en parte puede verse por la adjunta lámina, la silueta de la taza viene a ser la campanuliforme, y su tamaño el de unos diez centímetros de altura. Se trata de un vaso que según parece fué destinado a presentar a los dioses por el *Sumo Sacerdote* el corazón de las víctimas sacrificadas en su holocausto.

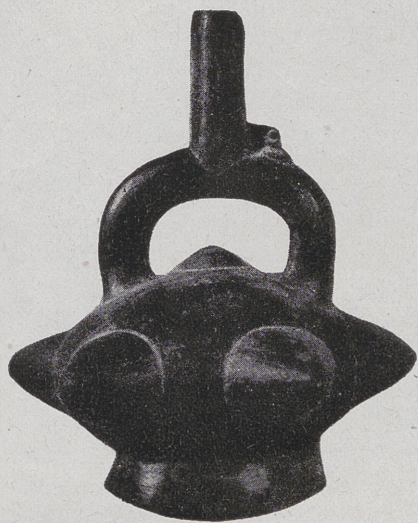
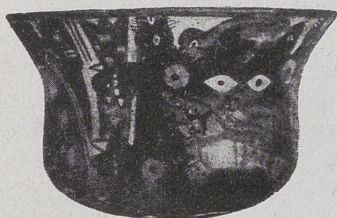
Puede asimismo citarse otra taza de forma cónico-invertida truncada y de análogas proporciones, pero decorada con unas bandas policromas de dibujos escaleriformes; fué también, según referencias, una pieza análoga a la anterior, pero dedicada a los *Sacerdotes menores* y relacionada con un botijillo que presenta las mismas decoraciones, y que serviría también para los sacrificios humanos.

Botijo con asa entre dos golletes.—Representa otra de las más bellas producciones del arte de la cerámica con la decoración llamada *draconiana*. La forma es la esferoidal, presentando *dos cuellos* o *golletes* unidos por un puente transversal. La combinación es hermosísima, viéndose a modo de una cara humanoide con la boca de larga lengua fuera, dos pies con sus dedos, y geométricas bandas combinadas en rojo obscuro, negro-violáceo o pardo café, todo sobre fondo blanco y perfectamente esmaltado. Procede de *Proto-Nazca*.

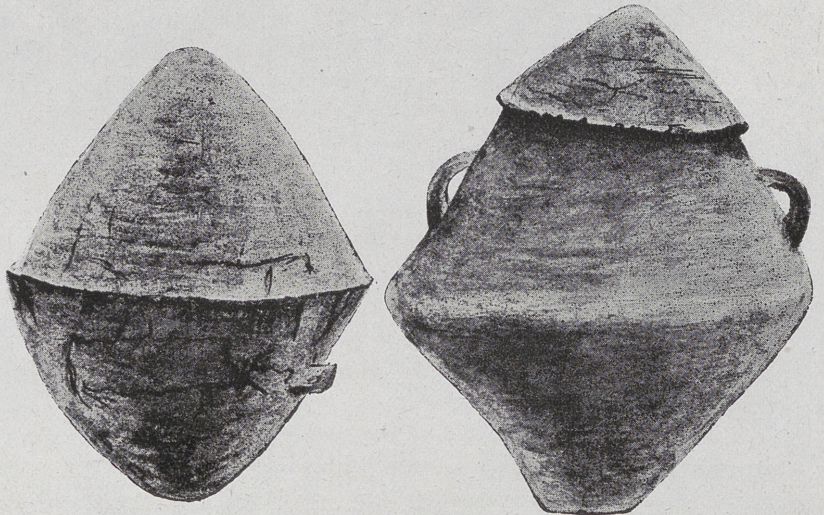
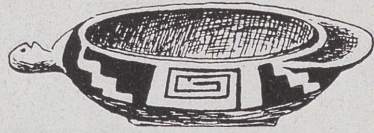
No puedo dejar de recordar en estos párrafos el famoso jarro que se exhibe en el *Museo de La Plata*, denominado de *Blamey*, modelo considerado como *sin rival* del N. O. argentino. En su decorado campea el típico *dragón* y si bien la pieza termina con un solo gollete, su técnica decorativa es la misma que la del dicho botijo de *Proto-Nazca*.

Jarritos de las tumbas centro-andinas.—Podrían citarse como ejemplos, el ya representado en grupo con los objetos depositados en el Gabinete de Historia Natural de la Universidad Valentina, procedente de Chiu-Chiu (Chile), (fig. 6), y el que se halla en el Colegio de Onteniente. Ambos son de barro negro semi-toscos y de tamaños pequeños. El del primero (recuerdo procedente de la excursión realizada por la Comisión Científica Española al Pacífico en 1866), es esferoide, con asa y cuello ordinarios y bajorelieves formando el artístico dibujo que fácilmente se apreciará; el segundo ejemplar, hallado en *El Chimú* es bursiforme, aplastado y adornado igualmente con bajorelieves, pero dispuestos en series paralelas, marcando ángulo en V.

Jarros de cuello con asa y dobles jarros.—Procedentes ambos modelos de las famosas civilizaciones de los *yuncas*, se nos presentan con facturas tan admirables que podrían competir con las más



Taza y jarrito draconiano, jarro de las tumbas y dos de cuello de asa. Son todos de los *yuncas* y están en el Colegio de Franciscanos de Oteniente.



Cazo calchaqui de libaciones (Mus. de la Fac. de Fil. y Letras de B. Aires).
Botijo doble del Gran Chimú (Col. de Onteniente). Urnas toscas para
cadáveres de adultos; N. O. Argentino.

perfectas que hoy pudiesen fabricarse; en ellas no aparecen soldaduras ni irregularidades sensibles por ninguna parte, a pesar de llevar las aludidas asas en el cuello, todo tubular de los primeros o las dobles uniones de los aplastados cuerpos de los segundos.

Sus barros son bastante finos y delgados, negros o bien revestidos de una especie de capa-barniz de barrotina roja, a veces decorada sencillamente con guirnardillas u otros dibujos negruzcos o con bajorelieves artísticos, como vemos en el doble jarro; su tamaño generalmente es mediano, de un par de decímetros o poco más de altura y su peso es siempre muy ligero. El sabio arqueólogo alemán Max Hule atribuye a estas piezas una antigüedad de más de dos siglos antes de la Era vulgar.

Respecto de los jarros primeramente aludidos y *con asa*, la mayoría de los autores los consideran como de formas más o menos bellas, pero propias para contener la chicha o aloja depositada en las tumbas y para los supuestos casos de la resurrección. En cambio, no falta quien recordando la citada circunstancia de *ligereza* y su forma con la *gran asa*, los relacionan con las danzas ceremoniales, y quizás fúnebres, pues son propios para pasárselos de una mano a otra fácilmente, bebiendo o figurando el beber durante las contorsiones del baile. (Véase la lámina adjunta).

Los botijos o jarros conservados en el Colegio de Onteniente son tres; dos casi iguales de cuerpo globoide, pero el uno negro y el otro rojo y con dibujos de guirnalda ecuatorial de espirales curvas. Respecto al tercero, de barro negro, presenta el cuerpo con seis puntas radiales. Todos ellos llevan en el arranque del cuello como una *tetilla* que representa a la cabecita del feroz tigre americano o *puma*, ya tan citado. Fueron recogidos como los demás objetos de dicho Colegio por el P. A. Navarro durante sus misiones en el *Gran Chimú* (Trujillo), existiendo más ejemplares en el Museo de Ocopa (Perú).

En la Biblioteca de la Universidad de Valencia se guarda otro botijo idéntico al negro globoso ya citado, y aunque no tiene fijada su procedencia, creo sinceramente se trata de un compañero de los anteriores, donado con el ya estudiado *ápodo peruano* y demás piezas allí guardadas.

De los *botijos dobles*, puede servir como modelo el adjunto fotografiado, siendo, como los anteriores, una pieza muy típica del Perú y que se llegó a extender hasta bien abajo de Chile, ya que en la capital de Santiago, se halló por lo menos, algún ejemplar análogo doble también. El del presente caso lleva en uno de los cuellos una cabeza humana con su gorro. Parece que se trata de una pieza de cerámica fúnebre pura, y que se ponía llena sobre los muertos,

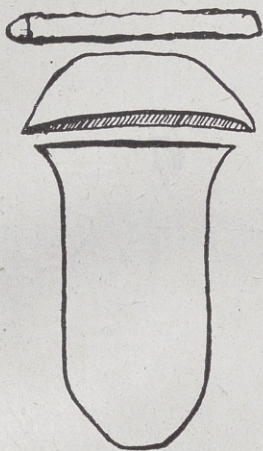
pues cerrando herméticamente la salida según el juego que hacían las burbujas del aire retenido en la especie de sifón que forman los dos jarros comunicantes se resolvían, como con otros semejantes, determinadas consultas hechas sobre la suerte de los espíritus de dichos muertos. El ejemplar, además de su elegante porte, se halla en admirable estado de conservación.

Urnas funerarias de barro cocido.—Como es fácil suponer, presentanse con tamaños variables, según el tamaño del cadáver que contengan. A veces se conservaba sólo parte del cuerpo. Sus formas pueden ser muy variadas, desde el tosco tinajón hasta el más elegante vaso de sorprendente decorado, tal como veremos en el caso del tipo llamado *Santa María*; en otros ejemplares se observan relieves con asuntos que más abajo explicaremos, y generalmente llevando figuras antropomorfas. Son casi exclusivos de los *Valles Calchaquíes*, y se encuentran en gran número en particular en las colecciones de los Museos argentinos.

En nuestra colección *R. Botet* poseemos un fragmento, que por llevar parte de la mascarilla humana y por su diámetro, tal vez correspondiera a una de estas piezas.

En cuanto a las urnas toscas ventradas y prosaicas, llegan a alcanzar un metro de altura, con una tapadera parecida a un *puco* puesto vuelta abajo. Encerraban el cadáver de un adulto, fuertemente plegado. En otros casos se presentan formadas por dos conos opuestos por el vértice o truncados, como las halladas en las excavaciones del río de la Pampa Grande (provincia de Salta), recogidas durante la expedición del doctor Ambrosetti con sus alumnos. Se trata siempre de tinajones, sin adornos ni dibujos, pero con asas.

Respecto de las urnas de factura estilizada podríamos hacer notar no pocas observaciones, especialmente en lo que se refiere a sus originales y significativos decorados, llegando a las más bellas y elegantes formas acampanadas halladas en las inmediaciones del Río Santa María del *Valle Calchaquí* y otras necrópolis, como la de La Paya; también se han recogido en los mismos lugares y en el Río Pampa Grande, por cierto con no menos bellas siluetas, piezas análogas de dos cinturas. Se caracterizan particularmente las primeras por llevar pintada la aludida figura antropomorfa, que es la mascarilla humana más o menos estilizada, con sus ojos oblicuos llorando, y la nariz con las cejas unidas, formando como una gran V extendida. En ocasiones (tipo Molinos) hállase, como en bajorrelieve, también expresada la boca con sus dientes o los labios, y las que tienen la nariz, inclusive pueden llevar sus agujeros señalados, acompañando a veces a la cara unos brazos estiloides



Disposición de una urna con el *puco* tapadera y la losa encima. Fragmento de una urna antropomorfa de la Col. R. Botet Urnas tipo *Sta. María* Valle Calchaqui



Ornamentaciones de las urnas funerarias de la civilización de los Calchaquis



Grupos de urnas funerarias *calchaquis*. La primera reconstituida tomando como base el fragmento antropomorfo de la *Col. R. Botet*.



Grupo de pequeños Vasos votivos de los cementerios calchaquis.

situados a nivel de la estrangulación o gollete del vaso, mostrando éstos una conchita agarrada entre las manos, como pidiendo algo (el agua). En todos los casos llevan las urnas dos apéndices laterales en su parte inferior ventruda las asas sólidas sin luz.

Volviendo al tipo Santa María, y como pueden verse por las adjuntas fotocopias o dibujos, sus adornos tienen como complemento del relleno de los huecos de la gran cara, originales combinaciones del zig-zag, la cuadrícula, o el llamado *klimanskistron* recto o curvo, y también de ciertas figuras más o menos estilizadas del avestruz *ñandú* y del sapo, así como de la serpiente o del rayo, etc., factores todos tan típicos de la fauna y metereología del país según vimos en los párrafos de la introducción de este trabajo. Respecto de las coloraciones empleadas en estos casos, se puede recordar que son generalmente el negro sobre el fondo claro del mismo barro o sobre el blanquecino de pintura, presentando los bordes internos, asimismo adornados. Las siluetas del vaso pueden ser algo estiradas, en forma de dedal o de vientre más o menos abultado, pero casi siempre alcanzan en total una talla de unos 60 centímetros de altura. Otros, como sucede con los pequeños ejemplares tal como el nuestro ya aludido y reconstituído, tan sólo alcanzan a tener unos 45 centímetros; trátase en este caso tal vez de vasos votivos, o como ha supuesto muy bien el doctor Bunge, de urnas solo para contener la *cabeza de un niño*, ya que ordinariamente sólo se hallan en su interior algunos fragmentos delgados de huesos planos del cráneo y varios dientes de leche. (Véanse las láminas adjuntas.)

En la terminación o boca de tales piezas funerarias, puede señalarse también una variante: el presentarse el borde de la campana no todo igual, sino con dos puntas mitreiformes y no pocas veces estando él todo protegido por un disco de piedra (1). Esta disposición con las puntas largas se hacía con el exclusivo objeto de que ajustase el puco-tapadera, puesto que la figura *elíptica* de sección del vaso lo requería así precisamente.

Por último, respecto del empleo que se daba a las urnas destinadas a niños, y más particularmente a las que sólo podían contener la cabeza del pequeñuelo, parece evidente que se trataba de actos de sacrificio, pidiendo la tan necesaria como allí escasa lluvia, que como se ha dicho, llega a faltar en *años seguidos*. «Los bárbaros padres, creyendo sin duda aplacar mejor las tiranías de sus dioses, sacrificaban con el más loco afán a sus hijos más queridos, y de ellos tal vez al menor de la casa, al encanto de la familia». Segura-

(1) De las piedras de moler o *conanas*.

mente coincidió algún día el infanticidio con el deseado chubasco, y con ello quedó así confirmado el rito para en lo sucesivo. A ello hace alusión seguramente: la mascarilla humana con la boca entreabierta del muerto y sus ojos entornados y oblicuos (1), con las lágrimas abundantes; las decoraciones con el sapo anunciador del cambio de tiempo en húmedo o lluvioso; el rayo precursor del turbión de tormenta (única manera como allí puede llover); el avestruz que marcha presuroso en busca de la cortina de agua, etc. Todo esto, como es fácil suponer, viene a corroborar la misma idea que se tiene de que tales vasos fueron de sacrificios infantiles.

Vasos o urnas votivas.—Se trata de diminutos vasos, algunos de poco más de un par de décímetros de altura, los que por causa de su escasa cabida no podían contener siquiera a un cadáver de niño. Según parece, deben ser urnas votivas para recordar a algún parvulillo desaparecido por causa de accidente, *figurando* su enterramiento con un vaso de éstos y como consuelo de familia.

Sus elegantes formas y adornos recordando a otras formas de vasos-urnas, como las de Santa María, o con tres cuerpos, etc., de tan exiguas proporciones, y el hallarlos precisamente junto con los otros ejemplares mayores, ha hecho suponer la aplicación aludida.

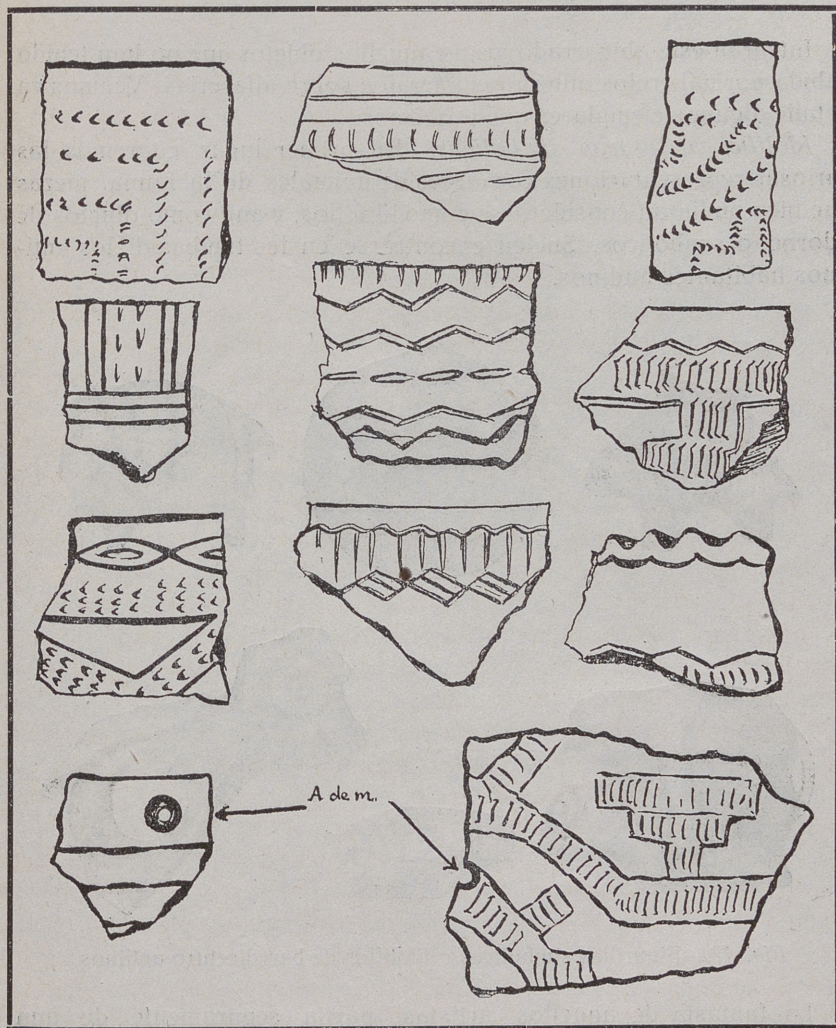
He aquí en la adjunta lámina algunos vasos votivos procedentes del Pampa Grande, y La Paya, del *Noroeste argentino*, conservados en el Museo de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, recogidos y ya descritos por su director Sr. Ambrosetti.

Fragmentos de vasijas. Existe un lote de pequeños fragmentos de cacharros en nuestra Colección R. Botet, que correspondieron a *pucos* o cacerolas en su casi totalidad y de barro negros con toscos dibujos escaleriformes, puntuaciones en serie o paralelas, solas o combinadas con estos grabados y con el zig-zag. Indudablemente proceden de algún festín o danza ceremoniosa en que se pedía la lluvia, «rompiéndolos, sin haberlos usado siquiera para otra cosa». Parece que esto fué así también porque uno de ellos conserva el llamado *agujero de muerte* practicado durante su fabricación, y para destinarlos a esta ceremonia exclusivamente. Proceden de las Chulpas de Tiaguanaco la mayor parte. (Véase la lámina adjunta.)

Por excepción hay unos cuantos pedazos distintos, de color rojizo claro y que la etiqueta dice ser de los Valles Calchaquíes (NO. argentino); en efecto, uno de ellos, el mayor, acusa el haber formado parte de lo que hemos ya descrito con el nombre de *vasos antropomorfos* de

(1) Esta observación ha hecho pensar también que la oblicuidad del ojo sea debida a que se trataba de individuos de la raza amarilla.

enterramientos de niños sacrificados para pedir la lluvia. Como ha sido fácil ver por su fotografía y su reconstitución probable, muestra la mascarilla humana con sus ojos y cejas oblicuos trazados en series de punzadas, llevando en relieve la nariz, los labios y la barba bien salientes, más sin mostrar en la boca sus dientes. Su diámetro aproximado corresponde a 25 centímetros.



Fragmentos de cerámica negra tosca de *pucos* de la Col. R. Botet: los últimos con agujeros de muerte (A de m.). Chulpas de Tiaguanaco. (Mitad de su tamaño natural).

Objetos varios de barro cocido

Integran este abigarrado grupo aquellos objetos que no han tenido cabida normal en los anteriores párrafos sobre alfarerías. Veamos en detalle algunos ejemplares que poseemos:

Idolillos o figuras simbólicas.—En primer lugar citaremos las curiosas representaciones corpóreas de animales de la fauna, piezas que bien pudieran considerarse como idolillos, y aun como objetos de adorno o simbólicos. Suelen encontrarse en las tumbas de los antiguos habitantes andinos.



Fig. 12.—Figurillas simbólicas o idolillos de barro centro-andinos

La fantasía de aquellos artistas, partía seguramente de una prolongada observación directa de las especies, y fué ya puesta de relieve cuando me ocupé de las figuras pictográficas de la fauna, sacadas de los cacharros. Realmente, es curioso el admirar cómo

ciertas actitudes fueron sorprendidas tan perfectamente, que no dejan lugar a duda sobre el animal representado; así se ve al armadillo con sus anillos de la coraza, al loro con su pico curvo y ojos desnudos, al guanaco con su carga, al temido tigre con sus dientes y bigotes, etc., llegando hasta reproducir a los sapos en su apareamiento.

También casos hay en que la figura humana viene a su vez representada aisladamente, tratándose entonces por lo general, de idolillos de dioses más o menos humanizados, y cuya descripción nos llevaría a ocuparnos de mitología más de lo que quisiéramos.

Es más, la influencia de las especies fauno-andinas fué también, como es fácil recordar, motivo de ornamentación corporal en no pocos casos; así podría apreciarse, por ejemplo, que en la boca del adjunto cacharrillo, se adivina un anillo de la cola de un *glyptodonte* de los fósiles, y cuya comparación se podría verificar visitando nuestra *Colección R. Botet*. Los barros empleados en todos los casos son los ordinarios rojos o negros.



Fig. 13.—Escarapela de barro cocido y esmaltado vista por delante y por detrás. *Colec. R. Botet, de Valencia*.

Escarapela.—Respecto de la escarapela que tenemos con la mascarilla humana en la aludida Colección nuestra, puede suponerse que fué un adorno o insignia, tal vez para llevarla colgada al pecho, o mejor aún, al brazo, acusándolo así los agujerillos que tiene y su forma de tableta alabeada con poca curva, si bien faltándole algo por la parte inferior. Como en parte se puede apreciar por la fotografía, lleva pintadas unas barras de color rojo y negro sobre fondo blanco, dispuestas verticalmente sobre las mejillas y con siete cuadrados concéntricos en el envés de la escarapela; su tamaño es de 55 milímetros de ancha y poco espesor.

Bicha ídolo y cabeza de tigre: Ejemplares de cerámica fina negra que representan respectivamente a un lagarto mordeándose la cola y al tigre tristemente famoso de los Andes. Respecto de la primera es fácil suponer se trata de una de tantas bichas propias para manejarla durante las ceremonias o danzas religiosas y tal vez alternando con los ya conocidos botijos de cuello de asa existentes en la Biblioteca

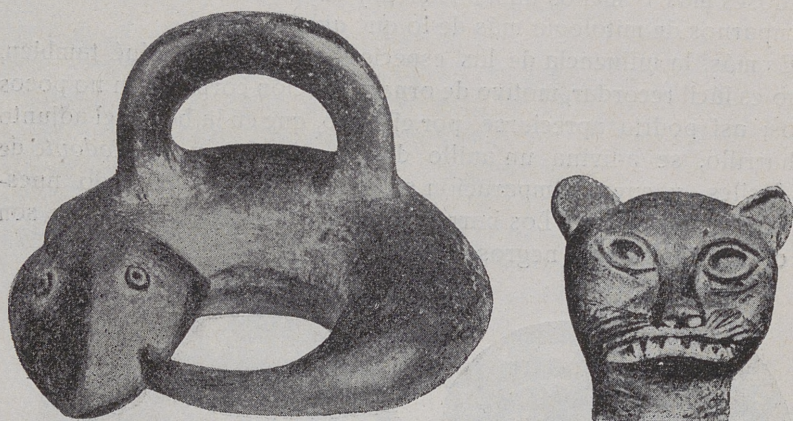


Fig. 14.—Bicha ídolo de ceremonial y cabeza del tigre andino. Ejemp. guardados en la *Biblioteca de la Universidad de Valencia*.

de la Universidad Valencina; así lo viene a corroborar el hecho de estar completamente hueca sin agujero de entrada alguno, el ser ligerísima, y el llevar además el asa superpuesta y tan propia para el caso supuesto; long. máxima 18 cms. En la cabecita de la fiera aludida no puede pedirse ya más expresión del felino; formó parte de algún ejemplar de vasija; tamaño aproximado, 6 centímetros.

OBJETOS DE LA INDUSTRIA LÍTICA

Tenemos en nuestra Colección un pequeño lote de objetos tallados en piedra, cuya calidad ciertamente suple al número. Especialmente existen ejemplares de puntas de flecha y hachas que son de una rara perfección, presentándose con el aspecto de las que llaman los geólogos europeos del tipo *paleolítico* o talladas a golpe o percusión y también de las del tipo *neolítico* o trabajadas mediante el frotamiento y bruñido; clasificación inaceptable, a mi juicio, para América, ya que aun hoy se están fabricando las hachas entre los Onas, y de las formas más primitivas por cierto.

Respecto de los materiales líticos empleados, puede decirse, que corresponden al duro tipo porfirico o cuarzosos en sus distintas variedades, siendo la *obsidiana* o vidrio de los volcanes, uno de los más característicos, que dan por cierto unos ejemplares de hacha de magníficos filos, como puede uno hacerse cargo comparándolos con los de los objetos rotos del cristal casero.

Como veremos en detalle, sucesivamente serán objeto de estudio lo referente a las puntas de flecha, hachas pulidas, los *champs* y bolas de piedra, así como otros objetos afines consistentes en amuletos, torteros, etc., sin dejar en olvido lo referente a fósiles amuletos que, como es sabido, son también de piedra, y formados naturalmente.

Puntas de flecha. Poseemos bellísimos ejemplares y en número total de 35, todos ellos tallados con los ya indicados duros materiales cuarzosos, de jaspes rojos o pardos, ágata translúcida veteada en negro, cuarcita blanca y pedernal, faltando las de *obsidiana*, cosa extraña, ya que tanto abunda a lo largo de todos los Andes. (Véase la lámina).

Llaman poderosamente la atención las cuatro diminutas y delgadas puntas de jaspe que apenas llegan a alcanzar unos 15 mm. de longitud con afilada punta y cortantes bordes, obtenidos al parecer sin ningún retoque, dando un perfecto triángulo isósceles, sin escotadura basal o poco pronunciada. Los ejemplares de cuarcita blanca son en

número 11, y recuerdan una forma amigdaloides de unos 5 centímetros de longitud por 1'5 de grueso.

Entre las de jaspe y pedernal hay 20 ejemplares, sobresaliendo la de jaspe pardo-rojizo, de 72 mm., y de larga punta retocada en ambos bordes. Las de pedernal o sílex son bastante inferiores en perfección. Son todas centro-andinas.

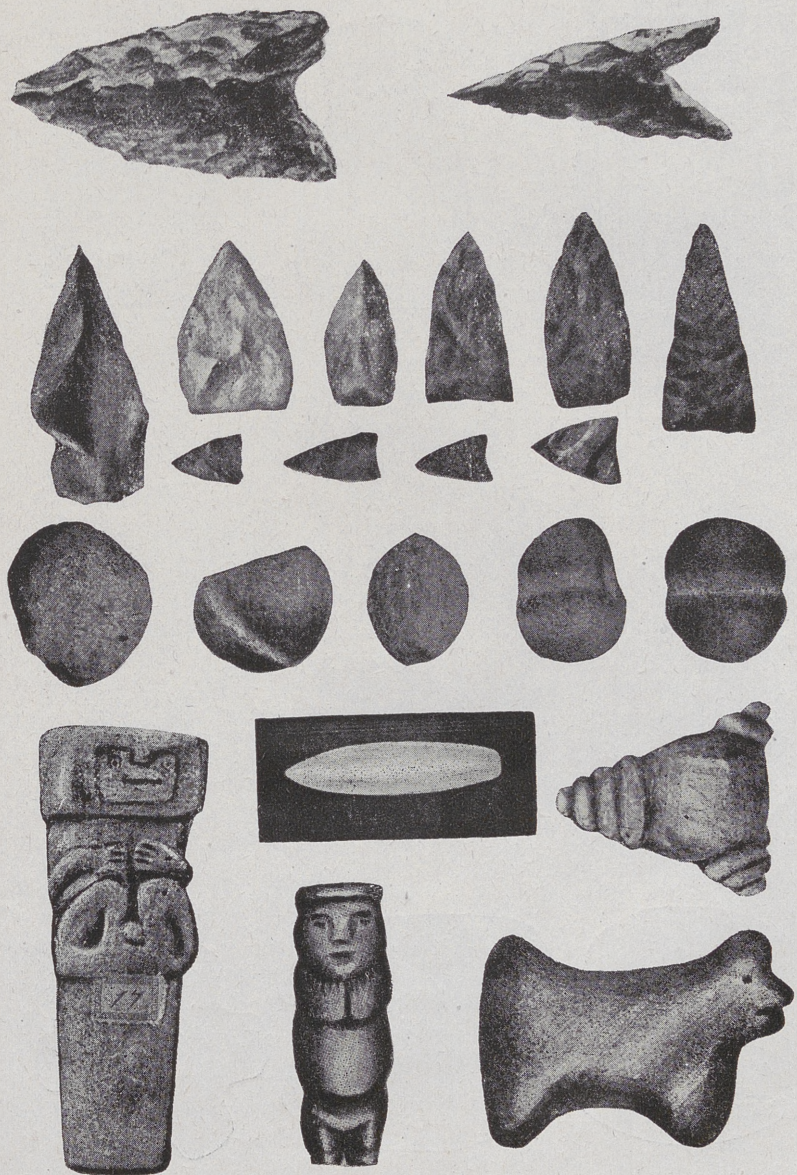
Como en el Viejo Mundo, las puntas de flecha se colocaban al extremo de una vara convenientemente pegadas y reforzadas, para emplearlas tirándolas a mano, y en las fases más adelantadas de civilización, mediante el arco y un asta larga, empalmada con el palillo de la flecha mediante un refuerzo.

Hachas pulimentadas.—Como se ha indicado, son de duros materiales porfídicos oscuros, de fino grano y gran dureza. Como todas las del tipo llamado *Occidental americano*, presentan un surco en su parte posterior al filo, y generalmente situado a unos dos tercios, propio para sujetarlas al extremo rajado de un palo o mango. Pueden haber servido como instrumentos de defensa o algunas de martillos, pero el inolvidable doctor Quevedo Lafone (recientemente fallecido) las consideró como insignias de mando o sean los denominados *tokis*, abonándoles por cierto esta suposición el hecho de presentarse incluso los nuestros, *enterísimos* y admirablemente acabados, ¡como instrumentos de lujo! De los tres ejemplares que poseemos, uno especialmente es de negra y brillante porfirita u ofita tal vez y con el surco algo más bajo que en las otras compañeras, dejando así una cabeza mucho mayor, como si se tratase de una doble maza semicortante. (Véase las tres primeras de la lámina adjunta.)

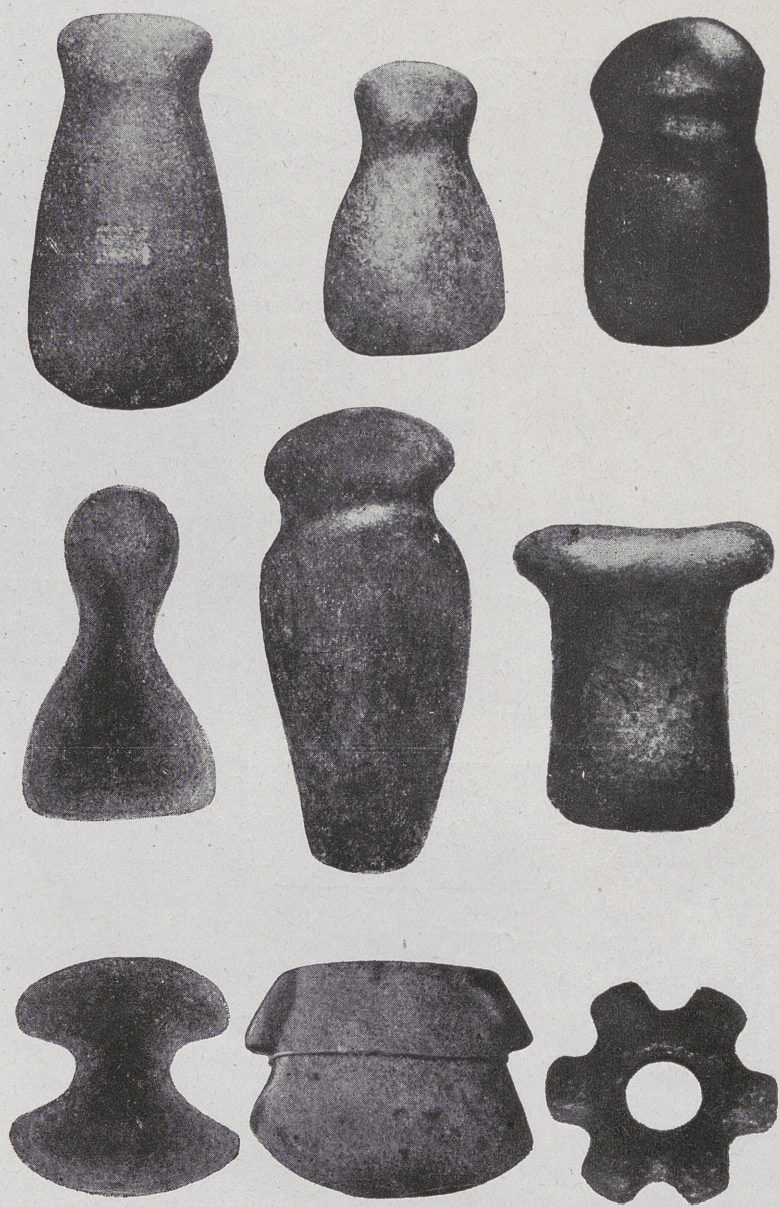
Como tipos más o menos próximos a los citados, podríamos recordar a los que se conservan en el Colegio de Onteniente, en donde hay, entre otras, una de ancha hoja y dentada escotadura, que más parece una cuña. También existe un *champi*, a modo de un disco estrellado de seis puntas romas, el que se colocaba al extremo de un palo como un rompecabezas usado por los *yuncas* del Chimú (1). Finalmente, en el Museo de La Plata recuerdo haber visto, entre otras una especie de hacha pulimentada dispuesta en T, la que viene publicada en el Catálogo de dicho centro por el doctor mi amigo, señor R. Lehemann-Nitsche, profesor antropólogo del mismo.

Bolas de piedra.—Tenemos varios fragmentos correspondientes; unos son lisos, y que muy bien pudieran haber pertenecido a proyectiles arrojados a mano o por la onda; en cambio, los que presentan

(1) Hay otro ejemplar idéntico, pero de bronce, de la misma procedencia.



Puntas de flecha andinas; las diez últimas de la Col. R. Botet, así como las bolas boleadoras, el mango para piedra preciosa e idolillos; los dos últimos idolillos del Coleg. de Onteniente



Grupo de hachas-tokis centro andinas

Las tres primeras de la *Col. R. Botet*; las cuatro restantes de los Museos argentinos; la última y el *champi*, del Coleg. de Onteniente

una ranura circunferencial fueron indudablemente de *boleadora*, esto es, de las bolas, que en número de tres, atadas a un largo lazo, servían para cazar, tal y como hoy aun se practica entre los pamperos, gauchos o sus descendientes. Son casquetes de una piedra diorítica, verdosa o rojiza, dura, lo que también podría hacer pensar que fuesen restos de piedras de moler o *conanas*, al menos alguno de ellos.

Torteros.—Corresponden a los tan conocidos topecillos del palo del huso de torcer a mano que en Europa los arqueólogos denominan *fusaiolos* o *muyunas*.

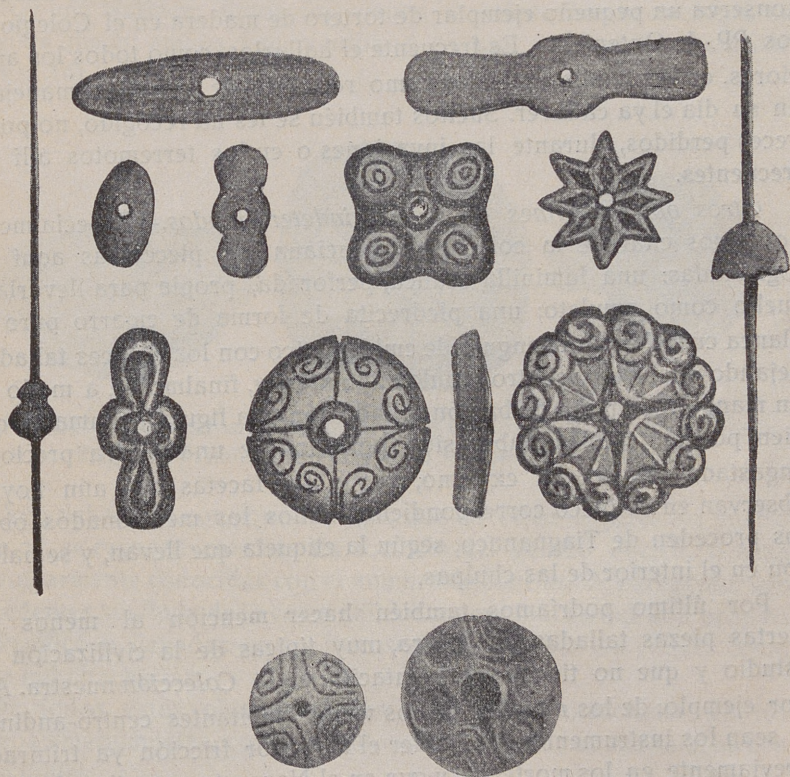


Fig. 15.—Diferentes modelos de torteros centro-andinos; los dos últimos de la Colec. R. Botet, de Valencia.

Aunque sus modelos varían extraordinariamente (con o sin bellos adornos), así como la materia de que están fabricados (el barro, la madera, la piedra o el hueso), siempre tendremos el agujerillo acusa-

dor, propio para ser pasado al palillo-huso; son también bastante variables en tamaños, desde el minúsculo, quizá para niños, y que apenas alcanza a medir unos centímetros de diámetro, hasta la vulgar tableta transversal, del hilado tosco, que aún hoy se ve en determinados lugares apartados. Pueden servir de modelos los dos *torteros* recogidos en nuestra Colección: uno, el mayor, es de pizarra talcoso-verdosa, de 34 mm. de diámetro; el otro es algo menor y convexo, y los dibujos de ambos nos recuerdan a algunos tipos del Noroeste argentino citados por el Dr. Ambrosetti y otros autores.

Análogamente, y por cierto montado aún sobre su palillo-huso, se conserva un pequeño ejemplar de *tortero* de madera en el Colegio de los PP. de Onteniente. Es frecuente el hallarlos, como todos los anteriores, en las tumbas, puestos como recuerdo de haberlos manejado en su día el ya cadáver. Suelos también se les ha recogido, no pocas veces perdidos, durante las invasiones o en los terremotos allí tan frecuentes.

Otros objetos afines de piedra indeterminados.—Especialmente podremos citar de la colección valenciana las piecicillas aquí fotografiadas: una laminilla blanca, perforada, propia para llevarla al cuello como amuleto; una piedrecita de forma de cigarro puro de blanca cuarcita; un triánguloide emblemático con los vértices tallados, dejando dos, tres y cuatro lóbulos anulares, y, finalmente, a modo de un mango o de puño de bastón tallado con una figurilla humana, que bien podría también haber sido portador de una piedra preciosa, engastada ésta en un extremo, según las facetas que aún hoy se observan en el hueco correspondiente. Todos los mencionados objetos proceden de Tiaguanaco, según la etiqueta que llevan, y se hallaron en el interior de las chulpas.

Por último podríamos también hacer mención al menos de ciertas piezas talladas en piedra, muy típicas de la civilización en estudio y que no tienen representación en la *Colección* nuestra. Así por ejemplo: de los *metates* de los viejos habitantes centro-andinos o sean los instrumentos de moler el maíz por fricción ya triturado previamente en los morteros, y que en el Noroeste argentino denominan *conanas*; de las *pipas* de piedra propias para fumar el tabaco; de las *piedras afiladoras*; de los cien *amuletos* en forma humana o de ciertos animales sagrados o temidos que podrían señalarse, hallados igualmente en las tumbas centro andinas.

Fósiles amuletos.—Fué costumbre sin duda muy extendida por todas partes, el recoger y guardar junto con los cadáveres aquellos fósiles que más llamaban la atención, como los de conchas de mo-

lucos, los que no pocas veces eran considerados como amuletos y llevados por los hechiceros de un lado para otro.

Sobre los que poseemos en la Colección y proceden de las *chulpas*, puede decirse que se trata de las siguientes especies conocidas: tres ejemplares de *Spirifer* y una brecha de los mismos con dos especies de *Terrenos Primarios*; una *Trigonia* y un par de *Venus*, así como una pequeña *Nática* y dos *Ammomies* del *Terreno Secundario* (*Jurásico* y *Cretáceo*). Análogamente se conservan un puñado de ejemplares procedentes de las *huacas* del Chimú en el Colegio de Onteniente, con casi las mismas especies, más un *Pecten*, dos *Equínidos* y una *Nerinea*; datos que vienen a señalarnos la analogía de terrenos que en ambos yacimientos o en sus proximidades existen. (Figura 16).



Fig. 16.—Grupo de tres fósiles amuletos de las Chulpas de Tiaguanaco. *Spirifer*, *Trigonia* y *Ammonites*. Colección R. Botet, de Valencia.

Creo deberá de consignarse aquí, que en otros lugares así mismo andinos, se recogen conchas sin fosilizar del género *Pecten*, o sean las vulgarmente conocidas con el nombre de *conchas de peregrino*; son procedentes sin duda de la costa chilena o peruana, ya que son propias del Pacífico y llevadas en su famoso comercio por los yuncas como otras mil chucherías.

De todos estos objetos existen magníficas colecciones en los museos americanistas, confundiéndose los hallados en las tumbas con los actuales.

The following is a list of the principal features of the geology of the region. The first is the presence of a large area of low-lying land, which is bounded on the north and east by the mountains of the Appalachian system. This land is composed of a variety of rocks, including sandstone, shale, and limestone. The second feature is the presence of a large area of high-lying land, which is bounded on the north and west by the mountains of the Appalachian system. This land is composed of a variety of rocks, including sandstone, shale, and limestone. The third feature is the presence of a large area of low-lying land, which is bounded on the south and east by the mountains of the Appalachian system. This land is composed of a variety of rocks, including sandstone, shale, and limestone.

Figure 10



FIGURE 10. A cross-section of the terrain showing the relative positions of the mountains and the low-lying land.

The following is a list of the principal features of the geology of the region. The first is the presence of a large area of low-lying land, which is bounded on the north and east by the mountains of the Appalachian system. This land is composed of a variety of rocks, including sandstone, shale, and limestone. The second feature is the presence of a large area of high-lying land, which is bounded on the north and west by the mountains of the Appalachian system. This land is composed of a variety of rocks, including sandstone, shale, and limestone. The third feature is the presence of a large area of low-lying land, which is bounded on the south and east by the mountains of the Appalachian system. This land is composed of a variety of rocks, including sandstone, shale, and limestone.

Figure 11

OBJETOS DE METAL

Al hacer el reconocimiento de las piezas metálicas arqueológicas procedentes de los lugares que estudiamos, nos encontramos con que en la mayoría de los casos, se trata de pequeños objetos depositados en las tumbas y contruidos con plata, oro y cobre, materiales que tanto han abundado siempre nativos en las minas ya señaladas al principio de este libro, y en donde era tal la profusión, especialmente de plata, que se llegaron a construir incluso cañerías de conducción para las aguas y otros grandes artefactos o adornos propios del culto de los *chimús* e *incas* particularmente. También se fabricaban objetos de bronce y de una mezcla de cobre, plata y oro, denominada allí *tumbaga*. El hierro no fué conocido o al menos empleado en todo el continente centro-andino.

En general, las piezas metálicas fueron labradas con bastante perfección, incluso hasta empleando los moldes de fundición en algunos lugares del *Noroeste argentino*.

Para dar una idea de lo que fueron estos elementos metálicos de aquellas civilizaciones, pasaremos revista a los siguientes objetos de cobre o bronce, los más apropiados al caso, recordando de paso en qué consistían otros afines.

Siguiendo lo indicado, haré mención especial de los punzones, escoplos, raspadores, tajaderas o *tumis*, hachas de mando o *tokis*, alfileres o *topos*, tacitas y morteros. En cuanto a otras notables piezas metálicas halladas y que por gran casualidad escaparon de las rapacerías de los saqueadores de *huacas* o *chulpas*, podrían citarse las placas, cetros, brazaletes, campanas, discos y radios, representando al Sol, *champs* y otros cien objetos propios para el culto a los muertos.

Punzones.—Respecto de los primeros podremos ofrecer un bellísimo ejemplar de cobre en nuestra *Colección R. Botet*; termina éste en una

cucharilla por el extremo opuesto al punzante, mostrando en su parte media por adorno «dos manos enlazadas» como en actitud de saludo. Tan significativa expresión parece que quiere recordarnos un hecho relacionado con la *prueba de sangre*, vertida mediante el pinchazo y a su vez recogida en la cucharita durante un acto de confraternidad y más probablemente aún en una ceremonia de casamiento o sacrificio humano. Es pieza que tiene un agujerillo lateral propio para llevarla colgada con un cordelillo. (Longitud total de ella, 15 cms.)

Estiletos vulgares de cobre, alesnados y propios para perforar o confeccionar piezas de cerámica, existen abundantemente en todas las colecciones americanistas, así como también los contruidos con otras materias como púas de cactus, madera o hueso, incluso formando verdaderas agujas de hacer calceta y hasta con su agujerillo para coser, como la conservada en el Colegio de Onteniente.

Escoplos y raspadores.—Respecto de los primeros, podríamos distinguir tan solamente en lo que se refiere a la menor o mayor amplitud del borde cortante, a veces de silueta arqueada, tal y como podemos ver, por ejemplo en el adjunto tipo de referencia de Onteniente; los hay hasta de tres centímetros de largo, verdaderos cinceles propios para trabajar los barro y otras cosas no muy duras, como la corta de maderas, etc.

Los *raspadores* metálicos representan ya una fase de civilización más refinada, pues los primitivos serían seguramente de *obsidiana* o *pedernal*, por ofrecer bordes duros y cortantes, ahorrándose el afilado continuo, ya que el cobre de que son estos es poco duro relativamente. El de la *Colección Botet* lleva una figurilla en el mango representando borrosamente a un indio encogido, pero con la cabecita distinta. Pudiera ser esta pieza uno de tantos amuletos o destinada también a los sacrificios.

Tumis.—Los cuchillos o *tajaderas* se presentan con amplísimo cuerpo cortante discoide, semilunar o atriangulado, seguido de un largo mango-estilete. No tenemos ninguna representación de tales piezas; pero se podrá tener una idea muy aproximada de ellas por los pasadores o *topos* que vamos a describir a continuación, tanto, que podrían en algunos casos confundirse en su clasificación.

Topos.—Los pasadores o *topos*, tan clásicos en toda la región andina, no podían faltar en nuestro lote arqueológico depositado en el Almudín valenciano. Según parece, proceden de los antiguos enterramientos o chulpas de Tiaguanaco, pero aún hoy los llevan idénticos para sujetar el *poncho* sobre el pecho, como los prendedores o grandes alfileres que usan las mujeres que llevan el mantón español.

Consta el *topo* de una cabeza discoide circular, semilunar o en T y del estilete, midiendo en conjunto desde algunos centímetros hasta un par de decímetros. Son de cobre generalmente, y para no perderlos presentan un pequeño agujero en el disco junto al arranque del estilete. El juego para el uso de cada persona consta de tres *topos*, siendo una de tantas cosas del comercio de los *yuncas*.



Fig. 17.—Cuatro topos, dos estiletes y un punzón de prueba de sangre de la Col. R. Botet, y un escoplo del Colegio de Onteniente

Tokis y champis.—Análogas piezas por su uso, vienen también a ser los instrumentos que respectivamente representan en metal a las hachas de piedra pulimentada y a los rompecabezas estrellados. Como ya entonces se dió una explicación alusiva al caso, en honor de la brevedad omitiremos descripciones. En el lote de objetos peruanos del Colegio tantas veces citado de Onteniente, hay un *champí* de cobre,

de seis puntas, casi idéntico a los de piedra que allí también se guardan.

Tacitas metálicas.—Existen dos piezas iguales de cobre en la *Colectión Botet* y de bella forma por cierto. Ambas presentan el borde recogido en cuatro puntos que marcan otros tantos lóbulos. (Diámetro=45 cent.

Tal vez se trate de tazas empleadas para las ofrendas a los muertos o también para contener la sangre vertida por alguna víctima a que tan aficionados eran los antiguos *aymaras* o *quechuas*. Fueron hallados en las *Chulpas de Tiaguanaco*. Se han hallado también análogas tacitas de plata en las *huacas* peruanas.

Morterillo.—Poseemos un magnífico ejemplar, construido en cobre puro (según análisis practicado). La forma es análoga a la de los actuales sin asas, y está adornado con borrosos bajo-relieves representando una cara y algunas siluetas humanas.

Su diámetro mide 10 cms., por 60 cms. de alto, y era una de tantas piezas propias para la preparación del maíz.



Fig. 18.—Morterillo de cobre de Tiaguanaco. *Col. R. Botet*

Por último, podría hacer aquí también mención especial o representar algo de lo visto en metal de las civilizaciones centro-andinas; pero no existiendo piezas análogas en nuestras colecciones, terminaré el párrafo, aunque no sin antes recordar que en la de *Rodrigo Botet* se guardan dos buenas chapas de *cobre nativo*, procedentes de las famosas minas ya citadas de Coro-Coro (Bolivia), y que conservan la forma típica de como se suelen presentar en la Naturaleza. Pesan: la una, 3.770 grs, y la otra, 53 grs.

OBJETOS VARIOS DE TEXTURA ORGÁNICA

Reúnense en este grupo una variedad inmensa de objetos arqueológicos de cierta antigüedad que se caracterizan por la textura delicada y alterable de las primeras materias empleadas, pues son de origen animal o vegetal.

Los que han de ocupar nuestra atención aquí, son los siguientes: *collares* hechos de diferentes materias orgánicas y aún en piedra; objetos de *hueso*, *cuerno*, *madera* y afines; *telas* y *cordelería* y por último, otros varios de relativa antigüedad.

Collares.—El uso de los collares ha sido siempre una vanidad humana, especialmente en la mujer. En los distintos yacimientos centro-andinos no podían faltar, y así aparecen puestos en los muertos, tanto de las *huacas* del Norte peruano del Chimú, como en los de las *chulpas* bolivianas; sus cuentas son de diferentes materias, ya de piedrecillas finamente trabajadas y de materiales vidriosos, ya también de substancias orgánicas, como barretas cilíndricas perforadas de hueso, granos de semillas trabajados, etc.

Como tipo podríamos tomar los que se exhiben en la *Colección Botet*. Estos son tres de cuentas distintas; uno de ellos, el mayor, conserva aún el hilo de pasarlas.

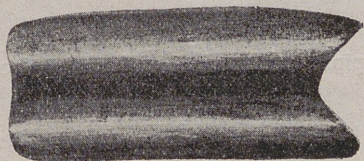


Fig. 19.—Lanzadera hecha con un diente. Col. R. Botet.

Lanzaderas.—Poseemos en la *Col. R. Botet* dos dientes de *Scelidotherium* trabajados y finísimamente pulimentados, los que por la

escotadura que llevan y por presentar las puntas desgastadas debieron servir para ovillar los textiles y mejor aún para emplearlos como lanzaderas de tejer. Si bien no se hallan en Tiaguanaco telas y otros objetos análogos, es de presumir que existieron como en otras partes, pero que la polilla y la acción del tiempo los han destruido. La adjunta fotografía representa una lanzadera dos tercios menor de su tamaño natural.

Podrían mencionarse asimismo no pocos objetos prehistóricos centro-andinos de hueso, tales como alfileres, topos, boquillas de trompeta, cánulas, etc., que se hallan, como muchas otras cosas ya citadas, en los principales museos.

Objeto de cuerno.—Trátase de un *cuerno de sonar* que tenemos en la *Col. Botet*. Se halla modificado por el extremo agudo y lleva un agujero como en las flautas. Está tallado con un adorno de gran relieve que parece el cuerpo de un indio encogido. No me ha sido posible determinar la especie del bovino a que corresponde el cuerno, si bien, como es presumible, no debe de ser del toro común europeo. Su antigüedad es dudosa.

Objetos de madera.—Aunque no los tenemos, como se ha dicho, en la Colección del Almudín, convendrá al menos enumerarlos como complemento de lo que fueron las antiguas civilizaciones centro-andinas.

A modo de lista-catálogo, citaré los más interesantes del *Museo Etnográfico de la Fac. de Fil. y Letras de B. Aires*, procedentes todos de los descubrimientos hechos en el *Valle Calchaqui*: éstos son: cuchillones, horquillas, bastones con punta, palas y otros enseres de agricultura, estuches, torteros, peines de cardar lanas, trinchantes, cucharas, silbatos, ídolos, tabletas de ofrenda, escarificadores, tacitas, vasos o pipas y aun resinas de ciertas plantas.



Fig. 20.—Tubo de pipa moderna con grabados típicos. C. de Onteniente.

Como se dirá al final, cabrían aquí ciertas piezas de relativa antigüedad depositadas en Onteniente, pero su admirable estado de conservación (si es que son antiguas), me abstiene de detallarlas. Solamente diré que existe un tubito de pipa admirablemente grabado y *evidentemente moderno*, que lleva los dibujos en zig-zag y otros de los centro-andinos y que sirve para *demostrarnos la persistencia* de lo



India actual Chamacoco con tatuaje en *klimanskistron*. (Col. Bojani).

que hemos señalado como tan característico de las civilizaciones que estudiamos. (Fig. 20).

Telas y sandalias.—Como tipos de esta clase de objetos, ya que no los tenemos en la Col. R. Botet, podrán citarse, por de pronto, los del grupo de Chiu-Chiu fotografiados y que se hallan depositados en nuestra Universidad. (Véase la fig. 3).

Telas: La tela que acompaña a los restos de una cabeza momificada, parece hecha con áspero textil de color terroso y lleva como bordados, a modo de unos dibujos monofilares de algodón blanco y dispuestos en trazos greco-escaleriformes.

Sandalias: De las aludidas sandalias llama la atención lo admirablemente conservadas que están. Tal vez fueron usadas por el difunto mismo, a quien se las pondrían en su tumba para el supuesto caso de la resurrección. Las proporciones corresponden a un pie corto y ancho, acaso de mujer, y están en mediano uso.

En los Museos bonaerenses se conservan gran número de ejemplares de esta índole procedentes en su gran mayoría, del famoso *Noroeste argentino*.

Objetos varios.—Para terminar; como restos orgánicos más o menos bien conservados del gran territorio de que nos ocupamos podrían citarse no pocos objetos arqueológicos de la parte del Chimú reunidos en Onteniente. Estos son, sin perjuicio de que en otra ocasión nos ocupemos más extensamente de ellos, varios largos collares, cordeles, pulseras, adornos con chapitas de plata, telas (algunas con bordados rojos escaleriformes y con la greca), arcos de flecha y once astas de flecha, calabacitas de guardar la cal para aliñar la coca, un cinturón, adornos de la cabeza formando penacho y algunos objetos más que proceden también de las antiguas civilizaciones *Proto-Chimús*, *Proto-Nazca* y *Proto-Lima*, o en caso de ser más modernos, de sus descendientes más o menos históricos.

Persistencia del klimanskistrón: Como una prueba evidente de la fuerza de las costumbres a través de los tiempos y de que el *klimanskistrón* sigue cultivándose, he aquí un precioso *tatuaje* de una india Chamacoco del Río Nabíleque, con dibujos de la diagonal escaleriforme, la greca o la línea quebrada, etc., tal y como era costumbre representar en los cacharros que hemos visto anteriormente.

Como el asunto se sale ya del tema propiamente arqueológico, terminaré el párrafo y el presente libro, dejando la cuestión puramente antropológica para otras publicaciones sucesivas.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page. The text is arranged in several paragraphs and is too light to transcribe accurately.

INDICE

	<u>Páginas</u>
Idea del medio-ambiente centro-andino. Fauna. Flora. Gea.	9
Principales núcleos étnicos centro-andinos y sus costumbres, indus- trias clásicas, etc.	18
Objetos de cerámica.	25
Objetos de la industria lítica.	45
Objetos de metal.	51
Objetos varios de textura orgánica.	55

ERRATA

Page	Line	Word	Correction
2	3	intercepted	intercepted
11	10	1800 m	1800 m
12	27	Catamarca	Catamarca
19	2	el	el
20	8	Pastorano	Pastorano
26	9	Proto nazca	Proto nazca
27	27	el	el
28	26	Albino	Albino
29	2	a	a
31	16-17	como	como
32	4	también	también
38	8	conico-turista	conico-turista
50	1	(Fig. 2)	(Fig. 2)
52	11	libre	libre
53	1	cerrada por un lado	cerrada por un lado

CATÁLOGO

de los objetos arqueológicos reunidos en la Colección
Paleontológica J. Rodrigo Botet

VALENCIA

Los adjuntos ejemplares proceden, salvo los que se cite otra localidad, de las
«Chulpas de Tiaguanaco»

ALFARERÍA

Núm. del
Catálogo

- 1.—Lote de 9 fragmentos de *pucos* negros con toscos grabados.
- 2.—Lote de 6 *íd.* *íd.* *íd.* *íd.* *íd.* *íd.*
- 3.—Lote de 5 *íd.* *íd.* *íd.* *íd.* lisos y grabados.
- 4.—Lote de 3 *íd.* *íd.* *íd.* *íd.* *íd.* *íd.*
- 5.—Trozo de puco tosco negro y grabado; lleva agujero de muerte.
- 6.—Trozo de *íd.* *íd.* rojizo y liso, con agujero de muerte en la
fractura.
- 7.—Fragmento mayor de puco (grabado).
- 8.—Lote de 4 fragmentos lisos de piezas variadas de cerámica. Valle
Calchaqui.
- 9.—Fragmento de vaso de los llamados antropomorfos mostrando
parte de la mascarilla humana en relieve. Calchaqui o calcha-
quiode.
- 10.—Escarapela de barro cocido y esmaltada en rojo y negro sobre
fondo blanco; en una parte lleva una mascarilla con barras pin-
tadas y agujeros; en el envés 7 cuadrados concéntricos. Le falta
inferiormente algo según la rotura.
- 11.—Dos topecitos propios para ponerlos en el huso de hilar, llamados
torteros.

OBJETOS DE PIEDRA

- 12.—Grupo de 3 hachas pulimentadas, *tokis* de los Andes.
- 13.—Grupo de 8 hachas o puntas de flecha talladas en silex.
- 14.—Grupo de 7 puntas de flecha de cuarcita roja andina.
- 15.—Grupo de 5 puntas-lanceta finísimas de ágata o jaspe de los Andes.

- 16.—Lote de 7 puntas de flecha de cuarcita blanca de los Andes, escogidas.
17.—Lote de 4 id. de id. de id. id. id.
18.—Lote de 2 boleadoras de piedra (Diorita) andinas.
19.—Lote de 3 fragmentos de bolas de piedra o proyectiles arrojados.
Rep. Argentina.
20.—Plaquita blanca nacarina, perforada, amuleto.
21.—Triángulo emblemático con dos, tres y cuatro lóbulos labrados en sus puntas.
22.—Piedrecilla de cuarcita blanca alesnada: ¿Amuleto andino?

FÓSILES AMULETOS

- 23.—Lote de 2 Ammonites pequeños recogidos en las *chulpas*.
24.—Trigónia, fósil recogida en las *chulpas*.
25.—Lote de dos pequeños moluscos bivalvos fósiles andinos.
26.—Nática; fósil recogido como amuleto en las *chulpas*.
27.—Lote de 5 Spirifers recogidos en Los Andes.
28.—Brecha con Spirifers recogida en Los Andes.

OBJETOS DE METAL EN COBRE O BRONCE

- 29.—Estilete con cucharilla, llevando como adorno dos manos enlazadas como en señal de amistad y destinado a prueba de sangre probablemente.
30.—Raspador estilete.
31.—Lote de 3 *topos* grandes y 1 alfiler; piezas prendedores de los andinos.
32.—Dos pateras iguales; cazoletas tetralobadas de los ritos centro-andinos.
33.—Morterillo con bajorelieves difusos externos.
34.—Chapa de cobre nativo de las minas de Coro-coro de 3.770 gms.
35.—Dendrita de id. id. de las id. de id. de 33 gms.

OBJETOS VARIOS

- 36.—Grupo de tres collares distintos, dos de cuentas de hueso o de semillas.
37.—Lote de 2 dientes de *Scelidothierium* trabajados para servir de ovillos o pasadores de tejer.
38.—Trompa de cuerno propia para sonarla soplando.

